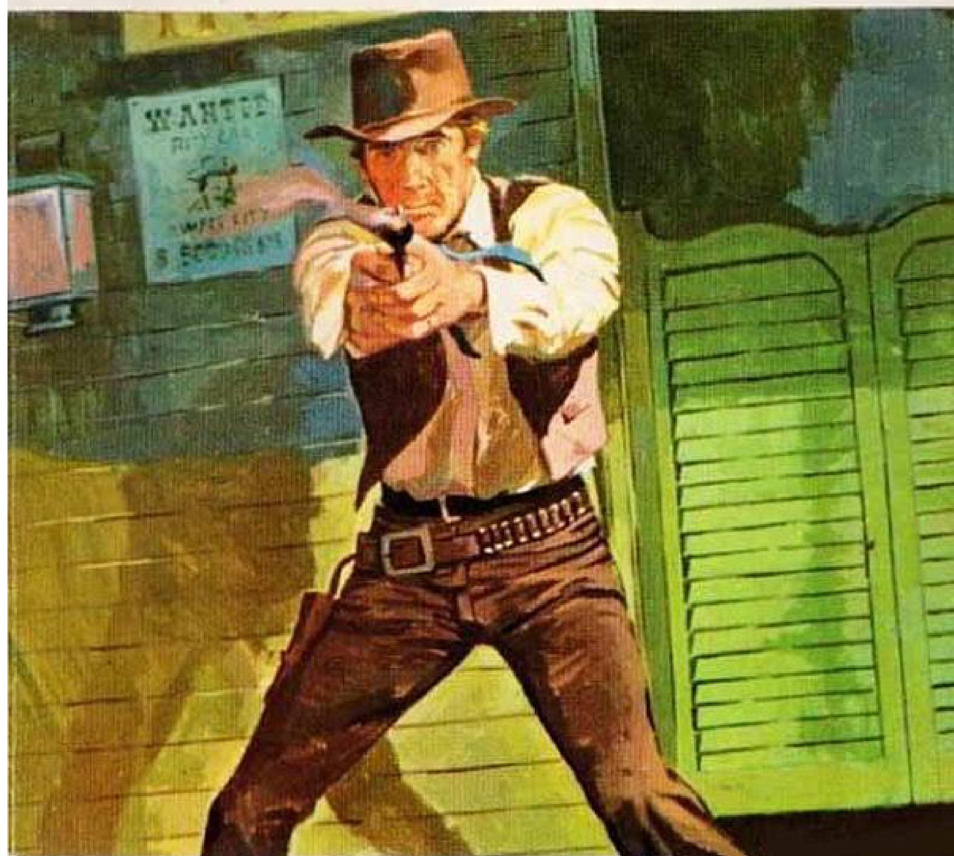
BOLSILIBROS BRUGUERA

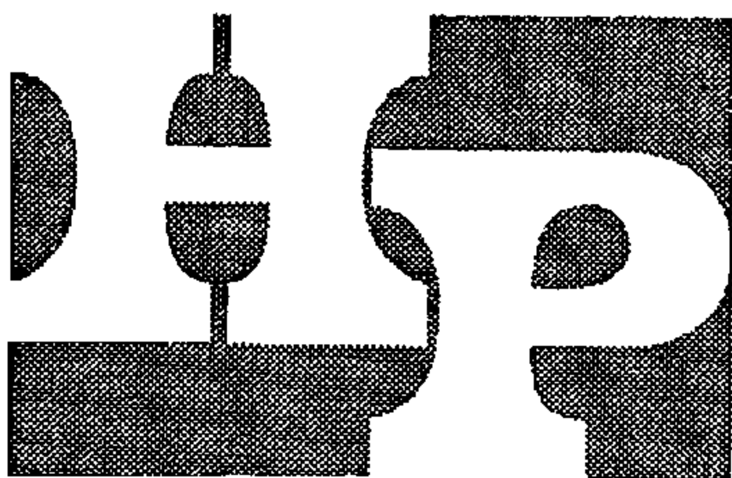
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

Keith Luger

LLEGO UN HOMBRE EXTRAÑO







Héroes de la PRADERA



Keith Luger

LLEGO UN HOMBRE EXTRAÑO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 242
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 26422-1974

Impreso en España - Printd in Spain

2 .ª edicción: agosto, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El *sheriff* tenía la cara cubierta de jabón y afilaba la navaja acompasadamente en el trozo de correa.

Le gustaba el afeitado diario y no era por sibaritismo. Lo hacía para causar buena impresión entre los vecinos de *Look* West. Ya había pasado la época de los *sheriffs* barbudos de la frontera. Ahora *Look* West ya no era un pueblo solitario. Era toda una ciudad que poseía las grandes comodidades de las ciudades del Este, tal como: casa de baños, taller de lavado de ropa, salón limpiabotas, Banco de dos cámaras acorazadas y, para que nadie se quejara, una funeraria con un empresario educado vestido de levita.

El *sheriff* Cooper silbó «Lilas en agosto», que se le había quedado pegado al oído desde que la oyó canturrear a una cantante en un recital dado en el Club de Agricultores y Ganaderos.

Aplicó la navaja al carrillo derecho y cuando tiraba de la piel, la puerta se abrió de un golpe.

—*Sheriff*…

—¡Maldición! —rugió Cooper apartando la navaja—. ¡Ya me corté!

El visitante era su ayudante Marcus:

—Canastos, jefe. Sí que lo siento.

—Te he dicho mil veces que llames antes de entrar.

—¿Se hizo daño, jefe?

—Tengo la yugular intacta. Pero no pierdo la esperanza de segármela el día menos pensado.

Marcus parpadeó perplejo porque era algo lento de entendederas.

—Eh, jefe. Yo creí que era un tipo feliz y no tenía ideas suicidas.

—Di mejor ideas homicidas —rechinó Cooper los dientes—. A

veces me dan ganas de acabar contigo.

—Vamos, jefe —sonrió el ayudante Marcus—… Si usted y yo nos llevamos la mar de bien.

—Llama antes de entrar y, si no lo haces, por lo menos no abras la puerta de esa forma.

—Es que estoy preocupado, jefe.

—Ya. No sabes cómo meterte en el bote a esa camarera del Hotel *Look*.

—Calle, jefe. Marcia está más que en el bote. Se trata de otra cosa.

—¿Sí?

Marcus se pasó la enorme manaza por la cara.

—Acaba de llegar un hombre extraño, *sheriff*.

El *sheriff* dejó la navaja y se volvió para mirar al ayudante.

—¿Cómo?

—Un tipo bastante raro ha llegado a la ciudad y no me gusta nada su aspecto.

—¿Qué tiene de raro? ¿Dos cabezas? ¿O tiene nueve dedos en cada mano?

—Peor que eso, jefe.

—Eh, ya has bebido…

—No, jefe. Estoy sereno.

—Vamos desembucha ¿qué tiene de extraño ese forastero?

—Llora.

La cara del *sheriff* se torció en una mueca violenta y una pompa de jabón saltó de lado.

—¿Llora?

—A lágrima viva, jefe.

El *sheriff* se miró el corte en el espejo porque la sangre atravesaba la espuma de jabón. Como vio que no corría peligro de desangrarse, giró la cabeza hacia el ayudante.

—Se le habrá muerto alguien.

—No va de luto, jefe.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, jefe. Pero resulta que se detiene en una esquina, ya haciendo pucheros, y de pronto suelta el trapo.

—Infiernos.

—Usted verá, *sheriff*… Hay señoras qué se asustan al ver a un

hombrón en ese estado.

—No es para menos. ¿Olía a *whisky*?

—Ya husmeé por sus alrededores. Pero sólo huele a caballo.

—¿Cómo a caballo?

—A sudor de caballo. Lo que quiere decir que el tipo viene cabalgando de lejos, que ha hecho el camino hasta esta ciudad de un tirón.

—No me gusta.

—Pues fíjese en mi si pongo cara de felicidad.

—Debiste preguntarle por qué infiernos andaba mojando el suelo.

—Verá, jefe. Cuando me acerqué para ver si estaba borracho, hice de tripas corazón, y dije: «Perdone, buen hombre, ¿qué le pasa?».

—No es muy original la pregunta, pero da el peso.

—Y me miró como si yo fuera su padre venido del otro mundo y le dio la llantina más fuerte. De tal modo que dio media vuelta y se alejó corriendo.

—Bueno, ya es un alivio. Debe haberse largado de la ciudad.

—Calle, jefe. Reapareció hace dos minutos en la esquina de la calle principal y allí ha hecho corro. Quiero decir que se ve que ha esperado llegar a la calle principal para soltar todas las reservas de lágrimas. Ha gritado, llora que llora, y no teniendo bastante, se echó por el suelo y ha golpeado la acera con los dos puños hasta cansarse. Lo que le digo, jefe. Es un espectáculo que, por muy duro que sea uno, le pone el corazón arrugado como una castaña seca.

—Y no voy a tolerarlo.

—Es que no hay ninguna ley que prohíba llorar en la calle, jefe. Tenemos una para evitar que… Bueno, que los callejones huelan mal. Y otra que impide mojar el polvo de la calle vaciando las palanganas por las ventanas. También está ese artículo del reglamento urbano que prohíbe sacar la lengua a las señoras y colgar muñecos de papel en las espaldas de los peatones el 4 de julio. Pero, de llorar, nada de nada. Según la ley, uno puede llorar y nadie le multa.

El *sheriff* se quedó mirando a su ayudante como si fuera un chimpancé.

—¡Condenado!… ¡Cierra ya el pico y deja de decir estupideces!

Marcus tragó saliva.

—Ya no diré esta boca es mía.

—Será mejor, antes de que pierda la paciencia contigo, cabeza dura.

—Ujú —hizo Marcus, consciente de la prohibición de no hablar.

El *sheriff* lo miró malignamente y abrió la puerta de un tirón.

—Ahora veré yo a ese hombre y le pediré explicación por tanto lloro en público.

—Eh, jefe. Que se lleva el jabón puesto.

El *sheriff* respingó, se echó mano a la cara y, al embadurnarse los dedos, masculló un juramento y se limpió con el primer trapo que encontró a mano.

—Caliéntame más agua para la barba, cuando regrese quiero rasurarme.

—Ujú.

El *sheriff* dedicó una mirada a Marcus y salió de la oficina.

Atravesó la calzada porque ya desde lejos vio un corro de gente y sobreentendió que rodeaban al hombre que lloraba.

No se equivocó al llegar porque escuchó los agudos lamentos del hombre extraño.

—Apártense, amigos —gruñó Cooper.

Un viejo se sonaba con fuerza y apartó el pañuelo.

—Ya era hora que viniera, *sheriff*. A mí este hombre me recuerda a mi hijo. Y mire si es grande que no puedo contenerme de verle llorar.

—Si tú eres soltero, Picky —masculló Cooper.

—De todos modos, me recuerda a mi hijo.

Cooper agrandó los ojos y abrió la boca para ladrarle al viejo, pero éste se esfumó con presteza y se fue al otro lado del corro a curiosear.

Cooper se abrió paso entre los de primera fila y vio al hombre extraño.

Tendría como cuarenta y tantos años. Sin embargo, su cabello era muy canoso y parecía más viejo. Sus manos sostenían su cara y por entre los dedos brotaban lágrimas de verdad.

El *sheriff* Cooper se afectó de pronto, tragó saliva y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué… qué le pasa, hijo?

El hombre arreció el llanto.

Cooper se dio a todos los diablos interiormente.

Hizo otro intento con una nueva idea que se le ocurrió, no demasiado vulgar.

Sacó el pañuelo grande como una sábana y se lo tendió al hombre.

—Llore si eso le desahoga, amigo. Pero cuénteme su caso.

El hombre tomó el pañuelo, y miró al *sheriff*, los ojos arrasados en lágrimas. Se percató de la estrella de *sheriff*.

—¿Para qué, *sheriff*?

—Usted verá. Estamos todos convertidos en monolitos de verle en ese estado y todavía se pregunta para qué queremos saber lo que le pasa.

—Entiendo, *sheriff*.

—Menos mal. Lo entiende. ¿Su nombre, hijo?

—Teo Mayer.

—Bien Teo. ¿Qué le pasa?

El extraño hombre llamado Teo clavó sus ojos enrojecidos en el *sheriff*.

—He venido a morir a esta ciudad.

Todos respingaron, pero el resuello del *sheriff* se destacó sobre los demás.

—¿A morir, Teo?

—Sí, *sheriff*.

—Hombre, hubiera dicho que se encontraba mal. ¡A ver Ramiro! ¡Corre a buscar al doctor!

Ramiro, un mejicano que hacía de criado en casa de la viuda más rica de *Look* West, salió corriendo; en busca del doctor.

Sin embargo, Teo Mayer sacudió la cabeza.

—Mi mal no es cosa del doctor.

—Eso se cree usted, muchacho —sonrió forzadamente el *sheriff* y tomó asiento al lado del forastero, para establecer la debida simpatía—. Pero el doctor Peller es lo más grande que tenemos en *Look* West. Aunque esto no es una ciudad del Este estarnos bien servidos en lo que se refiere a cuidados médicos. Peller el Carnicero… ¿Qué digo, infiernos? Peller, el doctor, está al corriente de la moderna medicina y no hay infusión de hierbas medicinales que no conozca.

—Mi estado de salud es bueno, *sheriff*.

—Pues su color de cara no me gusta ni pizca, Teo. Debe cuidarse. Ande, diga: ¿qué le duele?

Teo Mayer alzó el rostro y contempló la calle, los edificios.

—Me duele esta ciudad —dijo.

Y dejó a todos sin mover un músculo.

El *sheriff* Cooper tosió deliberadamente.

—¿Ha dicho… la ciudad?

—Sí, *sheriff*.

—Hombre, yo había oído decir que dolían cosas muy raras. Por ejemplo: la nariz y las cejas. Se llama eso «sinforosos». No «sinapismus»…

—Usted quiere decir sinusitis.

—Eso, canastos.

Teo Mayer esbozó una sonrisa de pena que era todavía peor que si llorara, porqué el patetismo que reflejaba era mucho.

—Mi dolor no es físico, *sheriff*. Es del alma. Del corazón. Del espíritu.

—Ya.

—Y el dolor que me produce esta ciudad es lo que me hace derramar las lágrimas.

—Hombre, si *Look* West es una tacita de plata. Es una de las mejores ciudades del Oeste.

—Es como la espina clavada en mi corazón.

—A que resulta que es poeta, Teo.

Teo Mayer observó con una triste mueca al *sheriff*.

—No, autoridad. No soy como esos que lloran por placer.

—Bueno, ¿quiere decirnos de una vez qué demonios le pasa, maldita sea?

El tono impaciente y colérico del *sheriff* hizo abrir la boca a Teo Mayer, quien emitió un alarido y se puso a llorar a gritos.

—¡Basta! ¡Basta, por todos los diablos! —rugió Cooper y se cubrió los oídos para no escuchar al forastero.

A pesar de aplastarse las orejas con las palmas de las manos, el *sheriff* Cooper escuchó una ristra de estampidos de revólver.

El nutrido grupo que rodeaba al extraño forastero se dispersó en fracciones de segundo.

El *sheriff* Cooper extrajo el revólver y echó a correr.

Pero tuvo un extraño presentimiento de que había ocurrido algo irremediable.

Una voz angustiada, la del ayudante Marcus, lo sacó de dudas:

—¡Jefe!… ¡Han asaltado el Banco! ¡Y se han llevado la serpiente de cascabel! ¡La serpiente de oro!

CAPÍTULO II

La batida para la búsqueda de los asaltantes había durado varias horas, pero resulto infructuosa.

El *sheriff* entró derrengado en la oficina, los pies hinchados, las costillas doloridas por la frenética cabalgada y el humor de mil diablos.

Había formado media docena de patrullas de vecinos que se pasarían el resto del día recorriendo los recovecos de la comarca.

Ahora Cooper sólo tenía el remedio de telégrafo. Mandaría mensajes, circulares a todas las comisarías del Condado y también del Estado.

El ayudante Marcus entró bruscamente y como el *sheriff* se limpiaba la uña con un cuchillo, se pegó un tajo.

—¡Maldito seas! ¿Qué forma de entrar es ésa?

—¡*Sheriff*! ¡Lo tengo!

—¿Cómo?

Marcus temblaba de excitación y hacía muecas.

—Acabo de Verlo. Es un tipo que ríe.

Los ojos del *sheriff* rodaron sin control.

Marcus repitió:

—Es un tipo que ríe.

—Pero —aulló Cooper—. ¿Qué estás diciendo?

—Ahora es un tipo que ríe.

—No. ¡No! —Cerró Cooper los ojos con fuerza.

—Estamos seguros de que es uno de los ladrones.

Cooper abrió mucho los ojos.

—¿Uno de los ladrones, Marcus?

Marcus asintió frenéticamente.

—Ruff, el de la funeraria, Mac, el barbero y también Jim, el que

vende verduras, lo han identificado sin titubear.

—¿Por qué no lo has detenido?

Marcus tragó saliva.

—¿Yo solo, *sheriff*?

—Ya me figuro que tendrías el miedo metido en el cuerpo.

—Yo me encargaré del pájaro… Una vez esté entre rejas. Sí, *sheriff*. Yo me cuido de tratarlo con mano dura.

—Agah —hizo el *sheriff* y atrapó el rifle del armero—. ¿Dónde está el tipo risueño?

—En Dormitorios El Nido. Precisamente llamó la atención porque reía a carcajadas y nadie de la ciudad está para risas. Conque se volvieron Ruff y Mac y lo identificaron a la vez. Es uno de los asaltantes.

—Cualquiera se fía de esa pareja de mamarrachos.

—¿Y qué me dice de Jim Lechugas? Ya sabe que ese chico tiene un ojo de buitre porque reconoció al alcalde a pesar de su disfraz aquella noche que se coló en el apartamento de Mary Paragolpes.

—A callar.

—Sí, jefe. Y vamos al trabajo.

El *sheriff* se detuvo en la puerta.

—¿Se reía el tipo, Rufus?

—Con Dalila. Ya sabe, esa chica que ayuda en el bar de Luke y que es muy hospitalaria con los forasteros. El tipo que estaba con ella era un fulano moreno, alto, de buena planta, como de veintiocho años. Era el más joven de los que entraron revólver en mano en el Banco y, gracias a que en la puerta, después del robo, se le cayó el pañuelo que le cubría la cara. Por eso lo vieron los tres muchachos que le he mencionado.

—Acaba de contármelo por el camino no sea cosa que el tipo se nos esfume.

—Dalila y él están en El Nido —guiñó Marcus un ojo—. Allí permanecerán un buen rato… Y lo dejé suelto porque ahora será más fácil atraparlo. Ya sabe que uno está en inferioridad de condiciones si lo sorprenden con una mujer.

—Eres un monstruo de la sicología, Marcus.

—¿Yo? Si estoy sano como una manzana.

—Andando, estúpido.

Y el *sheriff* y su ayudante trotaron por la acera rumbo a

Dormitorios El Nido.

El *sheriff* Cooper lanzó una agria mirada a la esquina donde encontró a Teo Mayer.

—A quien me gustaría encontrar de verdad es al hombre que lloraba.

—¿Ese tipo? Bien nos la pegó, jefe. Está claro que iba en combinación con estos del asalto. Mientras nosotros nos cuidamos de enjugar las lágrimas de Teo Mayer, estos pájaros de cuenta entraron tranquilamente en el Banco. Y si no vea a ver si le hemos encontrado después del golpe. Se ha convertido en gas incoloro a partir del asalto.

—También lo encontraremos. Y entonces verás si ese llorón, llora de verdad. Arriba se ha dicho.

Marcus no se movió del sitio.

—Eh, jefe. Yo me quedo abajo.

—¿Tienes miedo, infiernos?

—Oh, no… Lo hago por si al tipo le da por salir por la ventana.

Cooper dedicó una agria mirada al ayudante y lo dejó en la puerta.

Ya un grupo de vecinos se acercaban al correr la noticia de que en dormitorios El Nido estaba uno de los tipos del asalto.

Marcus hizo valer su autoridad con un gruñido.

—Eh, amigos. Despejen la calle. Vamos, no hagan corrillos. Puede que haya jaleo y alguien salga herido.

Naturalmente, Marcus sabía que todo se desarrollaría arriba, en la habitación.

Sabía que el viejo *sheriff*, un sabueso de marca mayor, bajaría con la presa entre los dientes y, a partir de entonces todo sería pan comido.

Se escuchó un alboroto en el primer piso y Marcus sonrió. Bueno, ya había empezado el jefe a actuar.

De pronto, sonó un estampido en la ventana.

Y también resonó la voz del *sheriff*.

—¡Marcus! ¡Se larga por la ventana! ¡Cázalo!

Marcus borró la sonrisa de un golpe.

Hasta puso un gesto de espanto al mirar hacia arriba y ver al forajido.

Éste hacía títeres en el saliente del edificio.

Era un tipo moreno, gigantón, y parecía ágil y fuerte como un puma.

—¡Alto! —gritó Marcus con un gallo en la voz.

Sacó el revólver a trompicones e hizo fuego.

Naturalmente, erró por mucho y se cargó un cristal de la ventana de la señora Mortimer.

El joven moreno hacía caso omiso del ayudante.

Al llegar a la esquina, tomó impulso para saltar al tejado de enfrente.

Brincó limpiamente.

Pero, al llegar al edificio del Hotel Look West, que necesitaba unas reparaciones en su podrida fachada, le falló la suerte al joven moreno.

El alero de aquel lado se partió con gran estrépito.

Y también se hizo polvo la marquesina del vetusto hotel.

Marcus quiso correr. Pero en dirección contraria. Y se tropezó sin querer con el forajido moreno que ahora estaba en el suelo quejándose del codo.

—¡Arriba las manos o disparo! —gritó aterrorizado Marcus.

El joven moreno hacía muecas de dolor y masculló entre dientes:

—Con un codo arruinado, ¿eh? Así voy a levantar los brazos.

—¡Póngase en pie!

Y como el joven vio que el revólver temblaba en la mano del ayudante, se incorporó temiendo recibir una bala de casualidad.

—Tranquilo, muchacho.

—¡Ahora!… Ahora le dará mi jefe, forajido.

El joven moreno parpadeó perplejo.

—Eh, llámame otra vez forajido y te retorceré el pescuezo.

—¡No se atreverá!… ¡No se atreverá o le disparo!

En eso llegó Cooper dándole a los talones.

—¡Alto! ¡Alto en nombre de la ley!

—Vamos, no hay que ponerse así.

El *sheriff* Cooper enseñó los dientes de lobo.

—Creyó que saldría por las buenas, ¿eh?

—No sé de qué me habla, autoridad.

Cooper lanzó una risa satánica.

—¿Qué te parece, Marcus? No sabe de qué le hablo. No lo sabe el pájaro.

—Mi nombre no es pájaro. Es Bud Silver.

Cooper entrecerró los ojos.

—Cualquier nombre es bueno para un salteador de Bancos.

El joven llamado Bud Silver enarcó las cejas.

—¿Yo? ¿Salteador de Bancos? —Se echó a reír de repente, mostrando unos dientes muy blancos—. Eh, *sheriff*. Ya está claro.

—¿Dónde está la claridad?

—Usted me confunde con otra persona.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué huyó de la habitación?

Bud Silver emitió una tosecilla.

—Dalila me habló de un viejo celoso que ha jurado matar al primero que se la pegue con su chica. O sea Dalila. Bueno, ella y yo sólo estábamos aprendiendo un juego nuevo a base de enseñar un huevo de madera y hacerlo desaparecer en el aire para que aparezca en el escote de una dama. Ya sabe. Juegos de manos.

—Ya.

—Y fue cuando usted llegó pegando aquellos gritos. También usted metió una ganzúa en la cerradura. Fue cuando lo enviamos ál diablo y yo me hice una composición de lugar.

—¿Sí?

—Creí que era el viejo de marras. Y Dalila también creyó que se trataba del anciano furioso.

—No me diga.

—¡Es cierto! —exclamó Dalila desde la ventana, cubierta con una sábana, lo cual dio mucho que hablar durante meses.

Bud sonrió amablemente.

—¿Se da cuenta, *sheriff*? Todo ha sido una confusión. Yo creí que usted era el viejo cascarrabias. Y usted ha creído que yo era su forajido. Aquí no ha pasado nada.

Como el joven Bud tendía una mano al *sheriff* éste la estrechó y hasta empezó a sonreír.

Pero, a las dos sacudidas de mano, Cooper cayó en la cuenta y se soltó, retrocedió y levantó el revólver.

—¡Y un cuerno! ¡Dése preso!

Bud parpadeó.

—Eh, ¿se encuentra bien, *sheriff*?

—¡Usted es uno de los que asaltaron el Banco! ¡Tengo gente que lo puede identificar!

—Oiga, *sheriff*…

—¡Cierre el pico! ¡No conseguirá embaucarme!

El joven Silver se puso serio, tirantes los músculos de los maxilares.

—Ya veo que no hay forma de dialogar, *sheriff*.

—Muévase hacia mi oficina —le apuntó Cooper con el revólver —. Allí hablaremos.

Bud Silver contempló silenciosamente el arma y a continuación asintió, dio media vuelta e hizo lo que le habían dicho.

Cuando estaban en la oficina de Cooper, éste ordenó a Marcus que estuviera atento a los movimientos del forastero.

Luego agregó:

—Ahora es cuando puede hablar, decir dónde están sus compañeros, dónde está el dinero y dónde está la serpiente de oro.

Bud frunció el entrecejo.

—¿Dijo serpiente de oro?

—Una serpiente de cascabel toda de oro, Silver. Y no se haga el loco. Es una pieza que pesa sus diez kilos. No se haga el tonto porque será peor.

—¿Qué hacía esa serpiente en el Banco, *sheriff*?

Cooper respiró penosamente, pero aclaró:

—Es propiedad de uno de los patriarcas de la ciudad.

—Ya.

—Concretamente, pertenece a Aaron Chester. El hombre más rico de *Look* West.

—Ya debe serlo con una serpiente así.

—Eso no es nada si se compara con la mina de oro que tiene a una milla de aquí, Silver. Aaron Chester la encontró hace veinte años. Y fue gracias a una serpiente de cascabel como pudo hallarla.

—No me diga.

—Sí, Silver. Chester andaba enfermo de su fiebre de oro ya años y años. Y fue a diez millas de aquí cuando ocurrió todo.

—¿Qué ocurrió?

—Chester se echó al suelo para descansar del camino cuando de repente se quedó tieso de espanto porque una serpiente de cascabel de enorme tamaño se le paró entre las botas. Por unos cuantos minutos, el hombre y la bestia se miraron con fijeza. Ya Chester se estaba despidiendo de este mundo cuando mire por dónde, el bicho

se desenroscó, dio la vuelta y se coló por un agujero que había entre las piedras. Chester decidió pegarle un tiro al enorme reptil que constituía un peligro para el caminante. Conque agrandó el agujero con el caño de matabúfalos. ¿Y qué pasó de repente?

—Tendrá que decirlo usted, *sheriff*.

—Sí, forastero. Chester vio que las piedras se hundían hacia dentro y dejaban un enorme hueco. Pero dentro del hueco vio un brillo intenso que confundió con el lomo del reptil. Sin embargo, resultó ser el comienzo de una veta de las más ricas.

—Vaya historia, autoridad.

—Como es natural, Aaron Chester bendijo a la serpiente, a la que jamás pudo encontrar, sea dicho de paso. Pero cuando se hizo rico, quiso perpetuar la memoria del reptil. Y agradecido, ordenó a un joyero de Austin que montara en oro una serpiente con sus escamas, cascabeles y demás. Sería como un símbolo de su buena suerte. Y también un homenaje a la serpiente que le dio la suerte.

—Ése Aaron me parece un tipo muy agradecido, *sheriff*.

—De cuando en cuando, se dejaba caer por el Banco y hacía que le mostraran su querida serpiente. No quiera saber cómo la acariciaba.

—Pobre abuelo.

—Sí, Silver. Pobre Aaron. Es tan supersticioso desde entonces que si le falta la serpiente se considerará al borde de la ruina. Lo tomará como una premonición, como si la veta de oro fuera a agotarse. Y entonces, la economía de *Look* West va a encontrarse en apuros porque Aaron Chester es una de nuestras columnas financieras.

La puerta se abrió con violencia y el *sheriff* y Marcus brincaron a un tiempo enfocando las armas hacia el hueco.

Pero no eran amigos de Silver que venían a rescatarlo.

Quien acababa de entrar era el mismísimo Aaron Chester.

Se trataba de un viejo de larga barba blanca, ojos muy pequeños y bien trajeado.

—¡Quiero mi serpiente, *sheriff*! ¡Tiene que recuperar a mi serpiente!

Varios empleados de Chester trataron de sujetarlo, pero el anciano se desasió de ellos con fiereza.

—¡Busque la serpiente, Cooper! ¡Búsquela o juro que se acordará

de mí!

Cooper tosió.

—Tranquilícese, señor Chester. Ya tenemos a uno de los de la banda.

Los ojillos del anciano barbudo se abrieron al máximo y aun así no eran mayores que dos lentejas.

—¿Es este joven?

—Sí, señor Chester.

El viejo saltó sobre Bud Silver y lo aferró con los dedos como garfios.

—¡Devuélvame mi serpiente! ¡Devuélvamela, forajido!

—Eh, abuelo —saltó Bud atrás—. Yo no tengo nada que ver con su bicho de oro.

—¡Es mío! ¡Quiero que me lo devuelvan! ¡Quiero a mi Lupe!

—Eh, ¿dijo Lupe? —Inquirió Bud.

El *sheriff* chascó la lengua, mientras los empleados de Aaron atendían a éste, que no dejaba de chillar.

—Le llama Lupe a la serpiente porque dice que era de raza mejicana.

—Ya.

—¡Mi serpiente! ¡Ladrones! ¡Quiero mi serpiente!

Por fin, los empleados de Aaron Chester dominaron a su amo y lo sacaron de la oficina.

Por el mismo hueco entraron, Ruff, Mac y Jim, los que identificaron a Bud Silver.

Se les veía muy impresionados.

El *sheriff* respiró con fuerza.

—Vaya, ya llegaron —dijo—. Bien, muchachos. ¿Es éste el tipo o no es?

Los tres tipos asintieron al mismo tiempo y señalaron al joven moreno.

—Es él, *sheriff* —dijo el barbero—. ¡Nunca se me olvida una cara porque rasuro muchas! Y sólo tengo que ver a un tipo una vez para reconocerlo.

Bud respingó.

—Oigan, amigos…

—Basta —interrumpió el *sheriff*—. Tendrá que ingresar en la celda.

—No lo haré.

—¿No? ¿Y para qué me sirve este revólver en la mano?

Bud Silver contempló el arma y asintió.

—De acuerdo. No va a dañarme la sombra de la celda.

Y dicho aquello, se dejó conducir por el *sheriff* Cooper hacia el corredor de las celdas.

CAPÍTULO III

Teo Mayer se enjugó una lágrima.

Ahora lloraba de risa.

Lo rodeaban cuatro hombres que más bien parecían cuatro estatuas talladas en granito.

El más serio de los reunidos descruzó las piernas y emitió un gruñido.

—Deja ya de reír, Teo.

—Demonios, no puedo.

—Tendré que pegarte en la boca, a ver si no haces más el tonto.

Teo sacudió la cabeza, sin perder el buen humor.

—Demonios, es superior a mis fuerzas. ¿Os imagináis la cara que habrá puesto Bud Silver cuando le hayan detenido?

—Él se lo buscó, Teo.

—Sí, Mark. Pero reconoce que ha sido genial que yo maquillara a Nick y le dejara la misma cara que a Bud Silver. Incluso le hice el hoyo de la barbilla.

—Fue un buen trabajo, Teo.

—¿Y qué me dices de mi actuación como plañidera, Mark?

—Tampoco estuvo nada mal.

—Claro que no estuvo nada mal. ¡Si reuní a medio pueblo junto a mí y dejé libre los alrededores del Banco! Lo que yo decía, chicos. Este golpe de *Look* West salió redondo gracias a mi arte.

—Sí, tu arte.

—En mis tiempos, no sólo fui el mejor actor del Oeste. También adquirí renombre como transformista. Lo mismo podía cambiar mi cara en la de un viejo venerable como podía convertirme en una bella doncella, de largos y rubios cabellos.

El llamado Nick, un tipo largo y feo como un demonio, el que

había representado el papel de Bud Silver, se pasó la zarpa por el rostro, todavía sucio de maquillaje.

—No eres manco, Teo. Yo mismo me asusté al mirarme casualmente en el espejo del saloon West. Creí que me estaba mirando Bud Silver. Por fin, caí en la cuenta de que se trataba de un espejo y me eché a reír.

Mark, el que parecía presidir la reunión, seguía serio, aunque condescendiente con el buen humor de los muchachos.

—Bien, Teo. Ya tenemos un buen botín en las manos. La serpiente de oro. Y además cuatro mil doscientos cincuenta y cuatro dólares con sesenta y seis centavos, que encontramos a mano en la caja del Banco.

—Y agrega que estamos libres de las molestias de Bud Silver.

—Sí —gruñó Mark—. Mientras se aclara todo tendremos mucho tiempo para salir de estos andurriales. Hasta es posible que ahorquen a Bud y nos libremos de él para siempre.

—Bien merecido lo tendría el bastardo.

Mark cabeceó pesaroso.

—Desde hace tiempo no hacía más que darnos quebraderos de cabeza. No es mal tipo. Y hasta me cayó simpático. Pero nunca nos ha perdonado que le robáramos aquel cargamento de alambre de púa.

—¿A ver qué íbamos a hacer? —dijo el tipo llamado Nick, el feo que hicieron pasar por Bud—. Aquel alambre espinoso valía mil dólares y estábamos en las malas.

—Lo que más molestó a Bud fue que nos cargáramos a los dos aurigas de los carromatos. No comprendo por qué se enfadó tanto, si después de todo, sólo eran dos tipos alquilados.

—Porque Bud es un sentimental, Mark —dijo el feo Nick—. Es la única razón.

—Ni aun así consigo comprender tanto rencor. Nos ha perseguido por medio Oeste.

—Es verdad, Mark —suspiró el feo Nick—. Tanta persecución y tanto odio se pasa de raya.

Mark se paseaba de lado a lado de la cabaña de pesca.

—Es terrible cuando uno no consigue controlar sus sentimientos. Sí, muchachos. Hasta el odio debe de tener su medida.

Teo Mayer se puso en pie.

—Bueno, chicos. Siento dejaros, pero resulta que tengo una rubita llamada Doris allá por Memson y quiero reunirme con ella, o luego me reprocha que la tengo muy abandonada.

—Quédate ahí, Teo —dijo Mark.

—¿Yo?

—Vuelve a sentarte.

Teo sonrió.

—Pero, muchacho. Yo ya terminé mi trabajo. Hice lo que concertamos.

—Sí, Teo.

—Maquillé a Nick porque tiene un óvalo de cara que, a pesar de asustar a Satanás, se presta a la transformación de rostro. Luego, me largué al centro de la ciudad y lloré con todas las de la ley. Bien, creo que ya me he ganado los quinientos dólares que me prometiste.

—No te vas.

—¿Por qué, Mark?

Mark extrajo un revólver y apuntó al actor.

—Anda, toma la puerta.

Teo se humedeció los labios sin apartar la mirada del amenazador Cok.

—No, Mark.

—¿Ya no tienes prisa, Teo?

Teo forzó una sonrisa.

—¿Yo prisa? ¿De qué? Que espere Doris. Ya la racionaré doble cuando la vea.

—Ya me gusta más ese cantar.

—Eh, Mark. Ese ruego para que me quede debe tener un motivo.

—Te voy a dar más trabajo.

—¿Más trabajo, Mark? ¿De llorón?

—No, muchacho. Vas a ocupar el lugar del tipo más rico de estos andurriales.

Teo se quedó boquiabierto.

—¿De quién?

Mark sonrió por primera vez en toda la reunión. Lo hizo de modo enigmático.

—Pronto lo sabrás, Teo. Y también los demás.

Los dos fulanos pelirrojos que no habían abierto la boca durante

la reunión porque vigilaban el camino, se volvieron a la par y el más alto dijo:

—Eh, Mark. Se acercan dos tipos.

—¿Qué aspecto tienen?

—Uno es rubio y el otro moreno. Los dos visten bien y llevan escopetas de caza.

Mark se acercó a la ventana y entrecerró los ojos.

—Son ellos.

Nadie se atrevió a preguntarle a Mark de quiénes se trataba.

Sin embargo, Nick dio un respingo.

—¿Qué es lo que veo? —exclamó—. ¡Son el administrador y el capataz de la Mina Cascabel! ¡Preparen las armas, muchachos!

Mark mascultó una imprecación entre dientes.

Dejó ir la derecha y el puño estalló en el pómulo del desgraciado Nick.

Nick pegó de espaldas en los troncos de la pared.

—¿Por qué me sacudes, Mark? ¿Es que quieres que nos atrapen? ¡Son ellos!

Los ojos de Mark centellearon.

—Naturalmente que son ellos, estúpido. Ahora calla o te ganarás otra buena en la boca.

Nick asintió en silencio.

Mark abrió la puerta porque en aquel instante llegaban los dos visitantes.

—Bienvenidos, amigos. ¿Qué tal, señor Carring…, señor Flipper?

El moreno era Carring y curvó los labios en una sonrisa de satisfacción.

Tendió una mano a Mark, quien la estrechó con efusión.

En cambio, el rubio era un tipo serio, hosco, que no parecía fiarse de nadie y saludó con un gruñido, arrugando la nariz a la vista de los forajidos.

El moreno Carring pesaría noventa kilos y se le veía rudo debido a sus tareas de capataz. Pero sus ojos negros, como dos gotas de asfalto, poseían el brillo insistente de la inteligencia.

—Lo hicieron muy bien muchachos.

Mark sonreía placenteramente.

—Los chicos están extrañados al verles aquí, porque no saben de qué va esto.

—Ya tendremos tiempo de hablar, Mark.

—Y de cobrar, señor Carring —guiñó Mark un ojo—. Aquí está la serpiente de oro.

A la mención de la serpiente de cascabel, el hermético rubio administrador de la Mina Cascabel, pareció cobrar un hálito de vida y perder su aspecto de momia.

Carring se volvió hacia él.

—Llegó el momento, muchacho.

Mark sacó un rollo de periódicos que al desenvolverlos dejó al descubierto la valiosa serpiente.

—Bueno, ustedes sabrán por qué les interesa tanto el fetiche de su viejo amo Aaron Chester.

El capataz Carring sonrió misteriosamente y guiñó un ojo al administrador.

—Creo que será bueno que lo sepan, ¿no crees?

—Tú ya sabes lo que creo que será bueno para esta gente. —Dijo el rubio.

Los forajidos capitaneados por Mark rieron la salida porque creían que el rubio quiso hacer chiste haciendo mención indirecta del premio que iban a cobrar por robar la serpiente.

Pero si hubieran entendido el doble sentido de las palabras del rubio, habrían echado mano a las armas para salvar la piel.

El capataz gruñó:

—Oh, sí. Habrá que pensar en darles algo extra a estos buenos muchachos. Hicieron el trabajo con toda limpieza.

—Date prisa, Red —dijo el rubio a Red Carring.

Red Carring gruñó otra vez y estiró la serpiente de cascabel confeccionada en laminillas de oro que imitaban las escamas.

A continuación, le apretó los dos ojos al mismo tiempo, que también eran dos bolas de oro.

Y se escuchó un chasquido en la cabeza del reptil de oro.

Luego, Red Corring sacó la cabeza limpiamente y quedó patente el hueco del cuerpo de la serpiente.

Los dedos de Red Carring atraparon un rollo de papel que se veía dentro y lo sacaron.

Ahora el rubio y Carring contenían la respiración.

También los demás estaban atentos a la operación y sólo fue el feo Nick quien se echó a reír y exclamó:

—¡Demonios, la serpiente tenía truco…!

Pero no pudo agregar más porque Mark le soltó un revés que lo silenció mejor que una mordaza.

Red Carring estiró el rollo de papel y, todavía sonreía cuando empezó a leer las primeras líneas.

Pero de repente su rostro se transfiguró en una mueca de cólera.

—Viejo bastardo, condenado, pajarraco, hijo…

El rubio ya estaba leyendo por encima del hombro de Red Carring.

Y como uno de los pelirrojos alargaba el cuello para husmear, Mark le pegó en el estómago y luego en la boca y lo mandó al fondo de la cabaña, con lo cual el problema de la educación quedó resuelto entre los hombres de Mark.

Ahora los que estaban excitados de veras eran el capataz y el administrador de la Mina Cascabel.

Carring era la misma imagen de la furia y pareció olvidarse de los oyentes cuando masculló mirando al administrador:

—Conque nosotros seriamos los herederos de la mina Cascabel, ¿eh? ¡Lo dice todo, Gus! ¡Todo!

Gus Flipper, el administrador, tenía los ojos fijos y desencajados como los de un muñeco.

Y escupió las palabras entre los dientes.

—No se dejó nada en el tintero el viejo bastardo, Red.

—Nada, condenado sea. Está toda la historia. Dice cómo nos presentamos en su mina hace cinco años y le obligamos a que nos dejara la administración y el modo de llevar la mina. Dice que sabe que nosotros lo mataremos el día menos pensado. Y para esto escribe al juez. Para que cuando muera, esta serpiente sea abierta y se lea su contenido. ¡Y el viejo bastardo aún ha tenido el cinismo de jurarnos que nosotros seriamos sus herederos!

—Menos mal que había un juego entre pillos. Ni nosotros le creíamos, ni él creía que nos había convencido. Por eso nos decía que sería bueno que viviera mil años.

—Incluso nos ha mostrado cien veces su testamento a favor nuestro, Gus.

El rubio Gus rió fríamente.

—Excelente. Ahora seremos sus herederos sin más tardanza.

Red entrecerró los ojos.

—Cuando lleguemos a casa, me lo cargo de mala manera, Gus.

—No, muchacho. Quiero llevar allí este papelucho. Metérselo en las narices y que se lo coma. Luego…

—Luego, el veneno.

—Esperaremos un poco, Red. Meteremos al viejo en el sótano y que se pudra unos días. Pero necesitamos a ese muchacho que sabe disfrazarse de todo para que sustituya al viejo Aaron y nos dé un poco de tiempo para prepararlo todo de lo más perfecto.

Teo Mayer sonrió:

—Eh, ustedes hablan de mí.

Red Carring lo miró con simpatía.

—De modo que tú eres ese pajarito qué hace milagros con los maquillajes.

—Tengo mis fórmulas secretas, señores —fanfarroneó un poco Teo, con miras a sacar más tajada del asunto—. Si me contratan a mí, contratan a un especialista.

Red rió y hasta le dio una palmada.

—Granuja… Ya cobrarás lo tuyo.

—Me conformo con mil dólares. Y conste que hago esta rebaja. Hacer de viejo es más difícil porque las arrugas y verrugas son difíciles de imitar, a pesar de todos los adelantos en materia de pegotes gomosos.

Red rió con ganas, como aflojando los nervios que le habían tensado el mensaje de la serpiente.

Mark carraspeó e intervino:

—Bueno, robamos la serpiente, y por lo que veo ya estamos fuera de juego.

Red los miró simulando complacencia.

—Se llevaron cuatro mil dólares que pueden quedarse con ellos. Pero también recibirán cinco mil como pactamos.

—En billetes grandes —tosió Mark—. Por favor.

Red arqueó las cejas.

—Deben quedarse aquí hasta que anochezca y luego saldrán tranquilamente por nuestras propiedades. Antes de largarse vendré a darles la plata.

—De acuerdo, señor Carring.

Red Carring guiñó un ojo imperceptiblemente al rubio administrador.

—Entonces recogeremos la serpiente y todo concluido. ¿Tienes ahí el testamento para que lo pongamos en lugar del papelucho? Esta serpiente tiene que regresar a la caja del Banco.

—¿Van a devolver este trasto hecho de oro? —exclamó Mark perplejo.

—Nuestra intención es que cuando Aarón muera, salga la serpiente del Banco en manos del juez y encuentre el testamento. Anda, Gus. Pégale fuego al papelucho.

No hacía falta recomendar aquello a Gus porque ya tenía un fósforo bajo el documento acusatorio.

Pronto lo envolvió en una llamarada y luego aplastó las cenizas bajo sus pies.

A continuación, hizo un rollo con el testamento del viejo Aaron y lo colocó en el hueco del cuerpo de la serpiente, a la que colocó la cabeza con el apretón a los ojos en forma de bolas.

Envolvió el reptil en los periódicos y lo tendió a Mark.

—Guárdalo en lugar seguro, muchacho.

—Yo me encargo de guardarlo con la vida. Naturalmente, hasta que regrese usted a la noche con el dinero.

Red palmeó el cogote del actor.

—¿Y bien, Shakespeare? ¿Dispuesto al trabajo?

Teo se besó las puntas de los dedos.

—Muéstreme al viejito y juro que haré con mi cara una reproducción exacta.

Red rió con gran sonoridad.

Gus, el rubio administrador, no rió nada.

Luego, Red, Gus y Teo salieron de la cabaña saludando a los forajidos.

Montaron en sendos caballos y tomaron el camino del Oeste donde estaban las instalaciones de la mina.

Red y Gus se retrasaron un tiro de piedra, respecto al actor Teo Mayer.

Entonces, Gus se inclinó hacia el lado que cabalgaba Red Carring.

Red silbaba una canción de moda, encanutando sus gordos labios.

—En cuanto lleguemos a casa, mandaré a dos tipos nuevos a la mina con un par de rifles y harán la carnicería.

—Y luego, la serpiente con el testamento volverá al Banco hasta que Aarón muera.

—… Que no tardará mucho —agregó Red con una risita.

CAPÍTULO IV

Bud Silver dormitaba en la penumbra de la celda.

En eso, escuchó un ruido metálico en las rejas y se apartó el sombrero de la cara para mirar.

Dio un respingo porque no esperaba aquello.

Al otro lado de la reja se veía una mujer de excepcional belleza.

Frisaría en los veintidós años, era muy morena, y tenía los ojos más grandes del mundo.

Bud silbó ahora admirativamente.

—Caramba, no sabía que el *sheriff* se ocupara debidamente de los detenidos. Entra muñeca. Sólo hay que dar seis vueltas de la llave.

Ella apretó los labios con fuerza.

—Sí —dijo—. Es usted.

—Claro que soy yo. Bud Silver. Pero llámeme Buddy, como me llaman siempre las damas que me gustan.

Ella sonrió ahora irónicamente.

—Voy a darle algo, Buddy…

—No me digas que vienes en nombre del Club Femenino Pro-Presos.

—Vengo por cuenta propia. En plan de limpieza.

—¿Tú, de limpieza? Demonios, ya sabe cuidarse bien el *sheriff* en plan de servicio. Y también sabe cuidar bien a los presos. Por favor, la cama más alta de la cabecera y el almohadón bajo, preciosa.

—Primero regaremos la celda, Buddy.

Bud parpadeó.

—¿Has dicho regar, corazón?

La bella mostró una manguera de grandes dimensiones.

—Hay que limpiar mucha suciedad.

—Eh, preciosa. Puede dispararse y…

La muchacha volvió la cabeza a medias y gritó:

—¡Ya, Marcus!

La voz de Marcus se escuchó quejumbrosa:

—¡Pero, Betty…! ¡Eso no le gustará mucho al *sheriff*!

La muchacha clavó la mirada en Bud Silver, pero habló a Marcus.

—Menos le gustará a este sucio pájaro. ¡Vuelta entera a la canilla, Marcus!

Bud fue a lanzarse hacia la muchacha, pero ésta retrocedió y él se dio contra las rejas.

Se escuchó el rumor impetuoso del agua al llenar la fláccida goma y, tras un petardeo, ocurrió todo.

Bud recibió un potente chorro.

Quiso abrir la boca para protestar.

Pero la dama le apunto a la cara.

Llevaba tanta presión la manguera que Bud saltó de espaldas y cayó cuan largo era.

Pero allí no acabó todo.

El chorro lo persiguió de modo implacable, estallando sobre él.

Rodó, se golpeó el lomo contra el camastro, pero éste también voló ante el chorro de agua y fue a caer encima de Bud, quien maldijo entre dientes.

Cuando paso el aluvión, se frotó los ojos y miró a través de la reja.

Pero la muchacha ya no estaba, ni tampoco su condenada manguera.

En cambio, Bud escuchó su voz.

—Ya recibió lo suyo ese caradura.

—Dios Santo —tartamudeó Marcus—. El *sheriff* me crucificará por esto. No quiere que golpeen a los detenidos ni que los mojen.

—Cuando el *sheriff* se entere de que ese pájaro me persiguió por los alrededores de la alberca, dará por bueno el escarmiento.

—¿Sí?

—Iba a bañarme cuando le sorprendí mirándome con ojos de lobo. Gracias a que empezaba a desnudarme, y me di cuenta.

—Hola.

—Conque me puse velozmente lo que me había quitado y rodeé la alberca.

—Sigue, Betty. ¿Ocurrió algo…?

—No pongas esa cara de tonto, Marcus. Lo que ocurrió fue que el tipo le dio por seguirme. Y luego por correr detrás de mí. El muy sinvergüenza trató de cortarme el paso. Y entonces tuve que hacerlo.

—¿Sí?

—Entiende, cabeza de adoquín. Tuve que lanzarme al agua, vestida como estaba, y atravesar el canal a nado. Gracias a que soy una buena nadadora, ese tipo no pudo cazarme. Pero corrió lo suyo para ver si me alcanzaba.

—Y por eso has querido hacérselo pagar con otro remojón, ¿eh, Betty? Infiernos, está bueno. Pero se lo explicarás tú al jefe.

—Ya va bien con el remojón. El *sheriff* estará de acuerdo conmigo. Menos mal que atraparon a ese tipo cuatro horas más tarde de lo del Banco.

—Hablando de cuatro, Betty. Hablaste de darme cuatro dólares por lo de la manguera.

—Aquí tienes, Marcus. Y gracias por la venganza.

—Adiós, Betty.

Bud acabó de escuchar el diálogo y, de repente, atrapó el cazo y golpeó las rejas.

—¡Eh, Marcus!

Marcus fue renqueando.

—Ya voy, canastos, ya voy… —Al ver a Bud Silver empapado de pies a cabeza, se detuvo en seco—. Demonios, Silver. ¡Cómo lo ha puesto!

—Ábreme la puerta, Marcus.

—Yo le traeré una manta y que se alivie, amigo.

—Debo salir.

—Oiga, es una broma. Apuesto a que quiere ir al sol para secarse.

Bud estaba ahora impaciente.

—Atiende, hombre. Ella dijo que yo le pegué el susto cuatro horas después del asalto. ¿No?

—Eso es verdad.

—¿Y no es verdad que me agarraste solamente dos horas más

tarde?

Marcus parpadeó confuso.

—Infiernos, ahora caigo. ¡Es verdad!

—Eso quiere decir que hay un tipo que se hace pasar por mí. El mismo tipo que vieron Ruff, Mac y Bill al salir del Banco.

—Me está volviendo loco, Silver.

—Ya te expliqué que conozco a esos tipos que asaltaron la caja fuerte. El que se hizo pasar por mí debe ser Nick Hanna. Tiene la misma altura. Y no cabe duda de que fue el que dio el susto a Betty.

—¡Eso quiere decir que esos fulanos están todavía en *Look* West!

—Gracias a Dios que abrí un hueco en tu cabecita, hijo.

Marcus se humedeció los secos labios.

—Y usted quiere ajustar las cuentas.

—Por el asuntillo del alambre espinoso y los viejos amigos muertos en el pescante. Te lo conté hace media hora.

Marcus se rascó la cabeza.

—Demonios, si lo dejo aquí, esos tipos se escaparán. Y si lo dejo salir, el *sheriff* me anudará las piernas al cuello.

—El *sheriff* te premiará cuando sepa que me has dejado ir camino de los asaltantes.

—Eh, tengo una idea, Silver.

—Oye no me alarmes.

—Pediré auxilio a los que dieron la batida.

Bud chascó la lengua.

—Los vi por la ventana. Eran cuatro vejetes, dos labriegos y un par de chicos dependientes del almacén general. No sirven, Marcus. Esos forajidos necesitan a alguien que los conozca y sepa darles el tratamiento que se merecen.

Marcus arrugó la cara como sí fuera a llorar.

—Tendré que ir con usted, Silver.

—Si no molestas, sí. Anda, abre la puerta.

Marcus parpadeó dubitativo, pero al fin manejó el enorme llavero y abrió la reja a Silver.

—Eh, no pensará ir de cazaforajidos así. Lo han puesto como una sopa.

—Me secaré con el sol Tráeme el revólver, Marcus.

—Dios mío. Esto me va a costar un disgusto. Vaya que me costará.

—Andando, Marcus.

Los dos hombres salieron a la oficina. Montaron en sus caballos y salieron al galope.

CAPÍTULO V

Mark Tracy convirtió los ojos en dos grietas al ver entrar a Nick en la cabaña.

—¿Dónde estabas?

Nick entreabrió la boca y, con aquella expresión parecía tan feo que era como si se hubiera colocado una máscara de goma de hombre lobo. Peor fue cuando sonrió forzadamente.

—¿Dónde voy a estar, Mark?

—Eso pregunto.

—Ya te lo puedes figurar. No podía aguantarme.

—Mentira. Estuve en la pared de atrás hace un momento y tú no estabas allí.

Nick sonrió de lado, siempre forzado.

—Bueno, vi zarzamoras y me alejé unos pasos. Ya sabes que me gustan.

—A ver los dedos.

Nick enseñó dos zarpas sucias pero que no se veían manchadas de zarzamora.

—Eres el primer tipo que come esa porquería y no se mancha los dedos.

—Eh. Mark, ¿por qué tantas preguntas?

Mark se repantingó en la vieja hamaca.

—Tienes esa cara que te gastas cuándo encuentras una mujer.

—Yo…

—Te conozco como si te hubiera echado al mundo, Nick. Además, vi de lejos a esa muñeca. Y ya me consta que estuviste tratando de cazarla.

—Verás, Mark… Estaba en esa alberca.

—En la alberca, ¿eh?

—Pero ella me tomó por un caminante hambriento y puso los pies en polvorosa. Mejor dicho se tiró al agua y se me perdió de vista como una trucha. Además yo llevaba todavía el maquillaje que me hacía parecer a Bud Silver y así tuve menos complejo de feo.

Mark sonrió.

Se puso en pie, sin dejar de sonreír.

—Siempre serás un pillastre, Nick.

Nick rió aliviado al ver la sonrisa del jefe.

—Pasa uno tanta hambre, Mark.

Mark se miró las uñas.

Y de repente dejó escapar la derecha.

Pegó justo en la boca a Nick.

Nick reculó escupiendo dientes…

—¡Mark! ¡Yo no hice nada! ¡No le mostré mi verdadera cara!

—¡Puerco! ¡Sabía que meterías la pata!

—¡No, Mark! ¡Ella no dirá nada! ¡Ella no…!

Mark le atizó ahora con la izquierda, pero fue para enderezarlo y colocarle un derechazo estilo ariete.

Nick dio la vuelta en el aire y rodó por el suelo, ahora pegando gritos.

Mark también chillaba enfurecido.

Pero lo peor para Nick era que Mark le estaba dando puntapiés en los puntos donde más dolía.

La puerta se abrió dando paso a los dos hermanos pelirrojos. Los *Dandy*.

—¿Qué pasa Mark? —exclamó el mayor.

Mark acabó el trabajo en los riñones de Nick y, cuando lo dejó maullando, se volvió hacia los pelirrojos.

—Esté puerco… ¡Se dejó ver!

—No.

—Le tenía bien dicho que no se alejara más allá de los límites que nos habíamos marcado. Pero el muy cerdo tuvo que andar corriendo detrás de una fulana.

El pelirrojo mayor, Chey *Dandy*, apretó los maxilares y miró furioso a Nick.

—Déjame que lo mate, Mark.

—Ya basta, lleva ración doble.

—¡Quiero aplastarle la cabeza, Mark!

Mark dio un empellón a Chey *Dandy*.

—Cuando haya que romper una cabeza, seré yo quien lo haga, ¿entendido?

—Está bien, Mark. Pero juré que lo mataría como a un perro.

—Ahora a vigilar por si nos han descubierto.

—Será mejor largarnos de aquí, Mark —dijo Chey.

—¿Y abandonar los cinco mil dólares que nos dará el señor Carring? Ni hablar, hombre.

—Tenemos todavía la serpiente.

—Está hueca y sólo sacaríamos dos mil y pico como máximo; Además tendríamos que ir vendiéndola por ésos mundos y siempre sería un rastro para que las autoridades nos cazaran. Nada de serpiente de oro. Plata en dólares es lo que necesitamos, y el señor Carring la traerá dentro de un par de horas.

—Ya estoy impaciente después de enterarme de la metedura de este asno.

Nick se puso en pie dificultosamente y gimió:

—Quiero lavarme… Estoy sangrando por todas partes… Tengo dos costillas rotas… Y mírenme la nariz… El cartapacio partido en dos.

—Se refiere al cartílago —gruñó Mark—. Anda, sal fuera y que no te vea, puerco. —Cuando Nick salió agregó—: Me revuelve el estómago verle la cara llena de sangre.

—Sería mejor pegarle un balazo en la boca y se acabó.

—¿Sí, Chey? —se mofó rabiosamente Mark—. ¿Y traer aquí a medio pueblo para ver lo que ocurre? Excelente idea. Dejen que me la apunte para cuando tenga ganas de suicidarme.

—Estoy ya nervioso y por eso no razono debidamente, —masculló Chey *Dandy*—. Y mira a mi hermano comiéndose las uñas. Lo mejor sería renunciar de momento a esos cinco mil. Ya cobraremos, más adelante de esos dos mandamases de la mina Cascabel.

—Cobraremos antes de salir de aquí —dijo Mark rotundamente —. Tardarán en encontrarnos algún tiempo.

—Exactamente cinco segundos, señores —dijo una voz conocida en la puerta.

Era la voz de Bud Silver.

Mark y los *Dandy* levantaron las cabezas.

—¡Bud Silver! —exclamó Mark.

Bud estaba apoyado ahora en el quicio de la puerta y mostraba el ojo del revólver a los circunstantes.

—Levanten las manos con cuidado, Al primero que intente una faena, juro que lo aso.

Mark alzó las manos, lo mismo que los *Dandy*, pero reaccionó soltando una risita de golpe.

—Demonios, Bud. No es para ponerse así.

—¿No?

—La verdad es que nos has pegado el susto de la temporada. Creíamos que eran esos tipos del pueblo.

Mark reía ahora a golpes.

—En el fondo resulta un alivio verte por aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí, Bud. Mira por donde te necesitamos.

—Yo os necesitaba más a vosotros, Mark —dijo Bud, muy serio —. Os tenía muchas ganas y me pasé bastante tiempo detrás de vuestras pisadas. Os necesitaba, muchachos.

—Entiendo, has venido a hacer las paces, ¿eh?

—Con unas rejas por medio, Mark.

Mark alzó las cejas.

—Pero, hijo, ¿qué estás diciendo?

—Vais a salir en fila india y regresaremos todos al pueblo.

—Eh, Bud. Vuelve en ti. No hablarás en serio, ¿eh?

—¿Qué clase de rencoroso eres, muchacho?

—Mira cómo me río.

Mark soltó una maldición.

—Bien, te hicimos una faena. Pero saliste con vida. Sí, Bud. Yo mismo les dije a los muchachos: Agarrad el alambre aunque haya que liquidar de mala manera a esos dos viejos del pescante. Pero a Bud no le toquéis el pellejo. Eso les dije a los chicos. ¿Verdad, familia *Dandy*?

Los dos pelirrojos asintieron con el mismo gruñido.

Mark sonrió con todos los dientes.

—¿Te das cuenta, muchacho? Nosotros te apreciamos. Sí Bud. Y resulta que ahora podemos devolverte lo que te quitamos. Te daremos parte del botín. ¿Qué tal te resultan dos mil dólares? —Mark rió más dueño de la situación—. ¡Qué pillastre eres, Bud! Ya

te veo lucecitas en los ojos a la sola mención del montón de plata. Vamos, muchachos. Saquen dos mil dólares para Bud. Ah, y también un pedazo de cola de serpiente para que tenga su parte.

Los dos pelirrojos se inclinaron.

Y Bud hizo fuego.

La bala rebotó en la piedra del suelo sacando chispas.

Los dos pelirrojos se estiraron como si tuvieran una barra de acero en el cuerpo en vez de espinazo, las manos en alto. Mark soltó una maldición.

—¿Qué has hecho, muchacho? ¡Ahora nos atraparán!

—Estáis atrapados, Mark. Habla con propiedad. Hala, saliendo uno a uno.

Bud se apartó para dejarles paso.

Pero en aquel instante apareció Marcus con las manos en alto:

Bud respingó.

—¿Qué pasa Marcus?

El feo Nick se asomó por detrás del ayudante del *sheriff*, justo por el hombro.

—Pasa que le tengo clavado el cañón del Colt entre las alas. Y si no sueltas el arma, partiré en dos a este ayudante de *sheriff*.

El terror contorsionó la cara de Marcus.

—¡Por todos los santos, Silver! ¡Este tipo cumplirá su palabra! Su… suelte el revólver o no lo contaré.

El feo Nick era ahora horrible a causa de la sonrisa en su cara manchada de sangre.

—Vaya que lo cumpliré.

Mark rió interviniendo.

—Bueno, muchacho. Perdiste. Hay que saber perder.

—Sí —suspiró Bud—. Tú ganas.

Tiró el arma al suelo.

Entonces Mark y los pelirrojos sacaron los revólveres.

El pelirrojo Chey estaba muy excitado.

—¡Vamos a asarlos y salgamos de aquí, Mark! ¡Esto nos ha podido costar un disgusto!

Mark arrugó la boca meditativo y gruñó:

—Sí, chicos. Hagan fuego y salgamos de aquí. No podemos esperar más. Bien, Bud. Mantengo lo dicho. Te apreciaba. Pero ahora es demasiado tarde para la reconciliación. Adiós y buen viaje

a las nubes.

Como para ir a las nubes, Bud tenía que volar, voló.

Ésa fue la sensación que dio al atravesar la estancia.

Lo hizo de un salto y se dejó atrás la primera andanada que le descargaron.

Bud entró en contacto con el ayudante y Nick. Y los tres rodaron en confuso montón fuera de la cabaña.

En la misma fracción de segundo ocurrió algo insólito.

Del montón de tres cuerpos brotaron fogonazos y estampidos.

Primero salió Chey, el mayor de los pelirrojos, y murió al estallarle la cabeza como un grano de uva.

Luego salió su hermano y volvió a entrar empujado por el plomo.

Golpeó contra la pared, pero para entonces ya era cadáver.

Mark Tracy no llegó a salir de la cabaña.

Aprovechó los huecos para clavar sus balas en el montón de tipos constituido por Bud, Marcus y Nick.

Pero no pudo saber los resultados porque algo que le abrasaba los intestinos le nubló la vista y dejó de ver.

El silencio se recuperó tan bruscamente que los oídos de Bud percibieron una sensación extraña.

Bud se desembarazó de brazos y piernas de los dos hombres que había embestido.

Los dos estaban muertos. El feo Nick estaba listo por dos balas que mandó Mark.

Pero el ayudante Marcus estaba muerto de miedo.

Y como aquello tenía remedio, Bud le golpeó la cara para que volviera en sí.

Marcus abrió los ojos, se palpó el cuerpo y, al verse todavía en el mundo de los vivos, hizo algo desusado debido al desencaje de los nervios.

Dio un brinco y se alejó pegando chillidos de espanto por entre los árboles. Y ya no se le vio.

Bud Silver enfundó el revólver y se dispuso a ejecutar la tarea más penosa del día: registrar a los muertos y registrar sus cosas para dar con el botín.

Pero hizo de tripas corazón y cumplió su cometido.

CAPÍTULO VI

La reunión se celebraba por todo lo alto en la oficina del *sheriff* Cooper.

Como habían devuelto la serpiente al Banco y también el dinero, se había brindado con *whisky* del bueno y quien más afectado estaba era el viejo Chester.

—¡Muchacho, venga a mis brazos que quiero abrazarle!

Bud sonrió un poco de lado porque todos los homenajes le caían gordos.

—No es para tanto, señor Chester.

—¿No ha de ser? ¡Y pensar que todos nosotros le metimos en esa celda! ¡Venga a mis brazos a recibir el premio!

Red Carring, el capataz rió con ganas y, cómo era un lince y vio la cara de Silver, intervino:

—Oiga señor Chester. El premio déselo en metálico al chico. Que cuando tenga la pasta ya sabrá buscarse una buena pelirroja que sepa abrazar —guiñó un ojo a Silver y le dio un codazo—. ¿Qué le parece, muchacho? ¿Hablé bien o no hablé bien?

—Como los ángeles, señor Carring. Pero si el señor Chester tiene ganas de abrazar a un héroe, que abrace a Marcus que me ayudó a salir de aquí y a cazar a los forajidos.

—¡Ven a mis brazos, Marcus!

El ayudante pegó un brinco, jurando para sí que el viejo loco no le pondría las manos encima.

Pero Aaron Chester lo cazó, le dio vuelta, lo abrazó y también lo besó en los dos carrillos.

El ayudante pudo zafarse gracias a un taconazo y se trasladó al otro extremo en medio segundo, escupiendo frenéticamente.

Sin embargo, ahora todos prestaban atención al *sheriff* Cooper

que estaba en plan de cargante con sus discursos de siempre.

—… Y yo, señores, estuve lleno de dudas cuando detuve a este muchacho. Por eso, quiero presentarle públicamente mis excusas y estrecharle la mano.

Todos aplaudieron dentro de la oficina.

Y como Aaron Chester parecía muy cargado de alcohol se puso a cantar con voz destemplada: Qué dulces son los abrazos de un padre pero mejor los tuyos, Maribel. Pero el administrador lo sentó a la fuerza en un sillón y le tapó la cara con el sombrero.

A continuación, extrajo un fajo de billetes que causó mucho respeto a la concurrencia.

—Aquí tengo sus quinientos dólares como prometió la Mina Cascabel, señor Silver.

Bud controló los dedos que querían saltarle al dinero que tanto necesitaba, y consiguió tomarlo con decoro.

—Gracias, amigos.

Estallaron aplausos que retumbaron en la oficina.

Y la reunión se disolvió entre felicitaciones y adioses.

El viejo Aaron fue sacado entre el administrador y el capataz y puesto sobre un vehículo de cuatro plazas, donde Aaron intentó cantar y bailar, pero fue dominado por sus empleados.

Cuando el *sheriff* y Bud Silver quedaron solos, aquél dijo:

—Bueno, Silver. Ahora supongo que continuará su camino, ¿eh?

—Sí, *sheriff*.

—Cumplió con su promesa particular de acabar con esos desalmados y además ha recuperado parte del dinero con este premio.

El *sheriff* rió.

—Ya lo tengo colocado mentalmente, *sheriff*.

—Muy bien, Silver.

—Eh, *sheriff*. El que no ha enseñado ni el rabo es el tío llorón.

El *sheriff* arrugó las facciones dejando de reír.

—Ya me ocuparé de ese pájaro, Silver. Lo encontraré. Ahora mismo telegrafiaré a las comisarías del Condado para que me pesquen a un tipo que responda a su descripción.

—¿Qué tipo era, *sheriff*? Me refiero al aspecto.

—Se trataba de un fulano de rostro venerable, como de cuarenta y tantos años. Parecía que había sufrido mucho en su vida. Pero

menudo mico nos dio. Por su culpa pasó todo lo que ha pasado… Eh, ¿en qué piensa ahora Silver? Le veo una expresión muy curiosa.

Bud sonrió.

—Pensaba en una mujer.

—Ya lo tengo, se refiere a Betty.

—Sí, *sheriff*.

—Seguro que usted se impresionó a pesar de que lo puso como una sopa.

—Me gusta una barbaridad, sheriff.

—No, si ya le veo la cara qué pone, Silver. Pero le daré un consejo.

—Suéltelo.

—Quítesela de la cabeza.

—Ya. Esta casada, ¿eh?

—No, hombre. Lo que pasa es que no hay nadie que se case con ella. ¿Quién se va a casar?

—¿Tiene alguna enfermedad contagiosa?

—No, Silver. Es que esa chica es una mula, claro en el buen sentido de la palabra.

—Da coces.

El *sheriff* chascó la lengua.

—Tiene un carácter muy fogoso, Ya ve de lo que fue capaz porque alguien, supuestamente usted, quiso perseguirla. Se coló aquí y menudo baño le pegó. Tampoco es la primera vez que le ha soltado un leñazo al primero que ha querido buscarle los resortes. Conque ya puede sacar consecuencias. Está la mar de preciosa la criaturita. Pero tiene orgullo, algo de dinero e inteligencia.

—¿A qué se dedica la chica?

—Tiene una mina de plomo.

—Hola.

—Es un buen filón. Está justo al otro lado de la alberca grande, según se va a la frontera. Naturalmente, no es una mina de oro. Pero la mina de plomo de Betty da sus buenos quinientos dólares mensuales.

—Infiernos.

—Como, se lo digo, Silver. Eh, me parece que ya sé lo que piensa ahora.

—¿Sí?

—Usted es un hombre soltero, sin oficio fijo. Una chica así no sería mal partido.

—¿Quién habla de casarse, hombre?

—Pues puso una cara muy particular cuando hablé de los quinientos dólares mensuales de plomo que da esa mina.

—Porque tuve una idea de tipo comercial.

—¿Sí, eh? Lo que le insinué también es un buen negocio.

—Qué prosaico es usted, *sheriff*. Lo que se me ha ocurrido es visitar esa mina de Betty y comprar lingotes de plomo para revenderlos a mis clientes.

El *sheriff* arrugó el entrecejo.

—A propósito, Silver. ¿Qué hace usted, además de meterse en líos?

—Compraventa de mercancías y acarreo por cuenta propia. Por eso me ha llamado la atención el plomo de Betty.

—Ya… El plomo.

—Y creo que haré negocio con esa bestezuela.

—Pues tenga cuidado, Silver —rió el *sheriff*.

Pero como estaban en la puerta y vieron el carromato de la funeraria cargado con una pila de cajas donde viajaban los cuerpos de los forajidos muertos en la cabaña, tanto el *sheriff* como Silver mantuvieron un respetuoso silencio.

Bud Silver se rascó la oreja.

—Cuando regrese, téngame al tanto de ese tipo llorón que les engañó, *sheriff*. Estoy muy preocupado por saber quién es.

—Déjeme esos asuntos a mí de una vez, Silver —gruñó el *sheriff*.

Bud asintió.

Al pasar el carro con los muertos, el *sheriff* se arrancó el sombrero y lo puso respetuosamente sobre el pecho.

Bud también se descubrió. Aunque coincidió con el paso de una rubia muy llamativa.

CAPÍTULO VII

Betty Moore estaba en la oficina, tomando nota de los pedidos, cuando se asomó Herbert, el capataz, que tenía todo el aspecto de un gorila bueno:

—Señorita Moore. Ya hemos cargado el carromato del señor Paparruchas.

—¿Cómo Paparruchas, Herb? Es el señor… —Ella leyó el nombre en la nota de pedido—. Señor Parapopowich.

—Ajá. El señor Papa… popo… Bueno, eso.

Betty sonrió.

—Anda, dile que se acerque para pagar la factura.

Herbert asintió con dos cabezadas y se retiró de la ventanilla.

Salió al patio y se enfrentó con Bud Silver.

Pero no sabía que era Bud Silver porque éste se había pegado una barba y un bigote que le cubría medio rostro, además de alargarse la nariz con un suplemento de gutapercha que le quedaba muy natural, a pesar de ser enormemente ganchuda.

—Eh, señor Pa. Dice Betty Moore que ya puede pasar a sacudirse la plata.

Bud sonrió por debajo de la barba.

—Bien, muchacho. Que aseguren bien los bajos del carromato, no vaya a ser cosa que el plomo agujeree el fondo y se clave en el suelo.

—Correcto, señor Pa.

Búd le dio unos golpecitos con el dedo justo en el tórax.

—Parapopowich, amigo. Conque nada de motes.

—Oh, usted dispense, señor Pararichi. Pero es que me resulta muy difícil retener el apellido.

—Llámame, Bud.

—Infiernos, ya es un alivio —sonrió el grandullón y a continuación se alejó gritando a los peones.

Bud fue hacia la oficina. Se asomó por la ventana y sus ojos brillaron con fuerza al contemplar a la bella Betty.

Ella volvió ocasionalmente la cabeza y soltó un respingo al ver aquella cara. Pero se rehízo y sonrió forzadamente.

—Dispense señor Parapopowich. No le oí llegar. Por eso me asusté.

—Ya sé que soy feo. Pero no tengo la culpa.

Betty parpadeó, sonriente.

—Hace veinte años estoy segura que usted era un hombre apuesto, señor Parapopowich. Lo mismo le pasa a mi tío Isaías. Está viejo, pero se le nota que fue guapo.

—Gracias, muñeca.

—Puede llamarme Betty. Diga, ¿cuál es su negocio?

Bud tosió.

—Soy plomero.

—¡Plomero!

—¿Es acaso raro que un plomero compre plomo, Betty?

—No, desde luego, señor Parapopowich. Pero, generalmente son los proveedores de los plomeros los que vienen a comprar tubos… A propósito, ¿sería tan amable de ver esa canilla de aprovisionamiento que hay junto a la puerta? Es el tubo que se destina a refrigerar la fundición de lingotes y gotea demasiado.

—Eso está hecho.

—Desde luego, y le haré una rebaja en su factura, son cien dólares.

Bud pagó los cien dólares y recogió el recibo.

Betty salió mostrando la canilla goteante.

—Véala, señor plomero.

Bud se escupió en las manos y agarró un enorme martillo.

—Esto está arreglado inmediatamente, Betty.

—Oiga. ¿Con esa maza de picar rocas?

—Ajá —hizo Bud, y sacudió un martillazo al eje de la camilla.

Inmediatamente, el regulador de agua dejó de gotear.

Betty alzó las cejas.

—Canastos lo que hace la práctica.

Bud la contempló a escasas pulgadas. Tiró el martillo.

—Soy un tipo muy hábil… Ya lo dice mi abuela.

Betty rió.

Y fue justó cuando ocurrió algo insólito, algo que Bud no había previsto.

La canilla saltó con una explosión.

Y el chorro de agua atrapó a Betty de lleno y la empujó justo hacia la balsa de agua.

Se fue adentro antes de que Bud pudiera impedirlo. Pero Bud corrió hacia la muchacha, que ahora salía chorreando.

—¿Qué ha hecho? —gritó Betty.

—Permítame —dijo Bud y la tomó en brazos para ayudarla a salvar la escasa barandilla—. Lo primero es siempre lo primero.

Betty se resistió, pero Bud la llevó lejos de la balsa, lo cual fue muy grato porque el vestido, de ella se le pegaba como una segunda piel.

—¡Suélteme! —gritó Betty—. ¡Haga algo para cerrar el agua!

Bud la dejó en el suelo, pero un falso movimiento le quitó la nariz de gutapercha.

Betty pegó un grito.

—¡Dios Santo! ¿Qué le…?

Bud se arrancó la barba y el bigote.

Ella agrandó los ojos.

—¡Bud Silver!

—Quería hacer un experimento.

—¡Ahora lo comprendo todo! ¡Se escapó y ha venido a vengarse!

—Escuche, rica. No me escapé. No fui el que dio el golpe.

—¡Le voy a…! ¡Ha hecho esto a propósito!

—Le aseguro que no quería vengarme… tanto.

Ella rechinó los dientes.

—¡Herbert! ¡Ven en seguida!

—¡Ya voy, señorita Moore! —El grandullón corrió armado de una llave inglesa para cerrar el agua—. ¡Cerraré inmediatamente!

Betty entornó las largas pestañas.

—Ahora verá lo que es bueno. Herbert le anudará las piernas al cuello. Pero, de momento, le voy a sacar los ojos.

Bud le atrapó las manos evitando la tarascada.

—Oiga, encanto. Lo que quería comprobar es que usted se equivocó de medio a medio a causa de un buen disfraz. Me refiero

al tipo que la pilló en la alberca.

—¡Era usted!

—Ahí está su error, Betty. Era un tipo artífice de maquillaje.

—Cuentos.

—Y si está tan segura es porque el tipo hizo un buen trabajo. Y sólo lo puede hacer un fulano que yo conozco. Bueno, esto quería saber. Acabó la experiencia. Esta barba y la nariz de goma que me costaron un dólar me han delatado inmediatamente. Pero el que fabricó mi cara era un maestro.

—Era usted. Y no hace falta que se haga el ingenioso.

—Ya se lo he explicado todo. Ahora hagamos las paces.

—Y un cuerno. Mandaré que Herbert lo decapite.

—Vamos, nena. Baje la presión.

—¡No me calmaré hasta que no le den su merecido!

—Así acabará por estallar, Betty.

Betty desasió una mano y tiró una bofetada a Bud. Pudo este agarrarle la mano.

Entonces Bud chascó la lengua y dijo:

—Necesita otro pase, está claro —la tomó de nuevo en brazos, la llevó corriendo a la balsa y la echó dentro.

En eso, llegó Herbert pitando como una máquina de tren.

—¡Yo deshuesaré a este bastardo, señorita Moore! —rugió.

Bud se volvió hacia el grandullón y lo citó desde lejos con los brazos al aire.

—¡Ya! —Hizo Bud.

Y Herbert aumentó el vapor de sus fuerzas para embestir a Silver.

Sin embargo, éste se ladeó en el último instante, hurtando el cuerpo.

Y Herbert pasó por su lado sin control.

Como no pudo frenar tropezó en la barandilla de la balsa, dio la vuelta de campana y le hizo compañía a su dueña.

Bud se acercó a la balsa y miró a Betty.

—Lamento que la señora Marquesa no tenga el baño a la temperatura deseada. Pero le mandaré el frasco de perfume de lilas para el baño.

Dicho esto, Bud salió de la fábrica.

Y Betty abrió la boca para tragar aire, pero finalmente se abatió

rabiosamente en el agua y acabó por soltar un gemido.

* * *

Los hombres de la mina Cascabel se codearon riendo por que vieron a Aaron Chester canturreando, completamente borracho que se aproximaba en el vehículo, sujetado a duras penas por el capataz Red Carring y el administrador Gus Flipper.

—¡Quiero que me traigan a Lola! ¡Quiero que baile la danza de la serpiente para celebrar el rescate de mi mascota! ¡Háganlo, maldición! ¡Soy el amo y tienen que obedecerme, condenados!

—Vamos señor Chester —suspiró el capataz Carring.

—¡Quiero a Lola! ¡Quiero beber y bailar!

—Usted lo que necesita es tumbarse un rato, señor Chester —intervino Gus Flipper, en tono respetuoso, aunque fastidiado.

El viejo se puso a cantar y fue llevado a la casa grande sin tocar el suelo, gracias a los brazos hercúleos de Carring.

Cuando cerraron la puerta y quedaron los tres dentro de la casa, Red Carring, soltó a su presa.

—Bueno, ya está bien de farsa, Teo.

El viejo que estaba frente a Red Carring se arrancó la barba y el bigote y dejó ver su verdadero rostro, el rostro de Teo Mayer el actor.

—¿Qué? ¿Les gustó el numerito?

Red Carring sonrió con todos los dientes.

—Te has pasado un poco de la raya, muchacho. Pero lo has hecho tan bien que todos han tragado el anzuelo. Incluso, el *sheriff* Cooper, que tiene mucho ojo y conoce de años y años al viejo bastardo de Aaron Chester.

Teo Mayer se arrancaba ahora las cejas como cepillos.

—¿Qué han hecho con el abuelo, señor Carring?

—¿Para qué lo quieres saber, muchacho?

Teo chascó la lengua.

—Creo que el arco nasal que me he fabricado no está demasiado bien. Y me gustaría echarle un vistazo al viejo para acabar bien mi caracterización.

Red Carring cambió una mirada con el hermético administrador, quien dio una cabezada en señal de asentimiento.

—Andando, Teo —dijo Red Carring—. Échale una ojeada. Pero

sólo tendrás unos minutos.

—Me sobran, señor Carring.

Teo siguió a Carring hacia la parte más lóbrega de la casa, y cuando andaban por un almacén se detuvieron en el centro.

Carring se agachó y agarró una anilla que había en el suelo y tiró hacia arriba.

Teo tragó saliva, porque lo que vio a través del hueco que había descubierto Red Carring, no le gustó nada.

Se escuchó una respiración agitada como la de un enfermo.

Tres metros más abajo se veía al viejo Aaron Chester.

Estaba tumbado en el suelo, sobre un montón de paja y parecía inconsciente… Estaba asegurado a la pared por una cadena que le sujetaba la argolla del cuello.

Carring gruñó:

—¿Lo ves bien? Hay tres quinqués abajo.

—Es suficiente. Desde aquí ya me hago cargo de la carátula del vejete. Veamos… Sí. Arco ciliar subido, nariz de veinte grados por el norte y agujeros palpitantes como las agallas de un pez. Ya tomé nota mentalmente, señor Carring.

Carring sonrió.

—Eres un mago, muchacho. ¿Cómo te da por hacer esta clase de trabajos en vez de ganarte la vida en el teatro?

—El teatro me produjo muchas desilusiones, señor Carring. Tenía que hacer tres actuaciones diarias por cinco dólares. Agotador.

—Pues era un buen sueldo. Caracoles.

—En cambio, con estos trucos me gano mi buena plata. Hace poco embolsé quinientos dólares sustituyendo a la fallecida esposa de un ranchero que la había matado de mala manera en un arrebato de celos.

—Caracoles.

—Sí, señor Carring. De modo que tuve que hacerme pasar por la señora de la casa y hasta asistí al Club Femenino en plan de Tesorera.

Carring rió con ganas.

—Ya me figuro que te largarías con la pasta.

—No, señor Carring. Siempre cumplo con mi cliente y sólo saco lo convenido. Cuando el ranchero vendió el rancho y él y yo nos

despedimos del pueblo, me quité la peluca y demás postizos y cobré los quinientos dólares, más una propina de cien por la gratitud del ranchero. Luego, he hecho otros trabajos pero de poca monta.

—Y éste es uno de los que te darán a ganar un buen pellizco.

—Yo trato de lucirme en mi papel de Aaron Chester.

—Mañana a más tardar anunciaremos la muerte del viejo.

—¿Por qué no se lo cargan ya, señor Carring?

—Porque el doctor es un lince, y quiero que el veneno que le demos al viejo sea de los que no dejan huella. ¿Comprendes? Yo me lo cargaría de un leñazo. Pero hay que hacer las cosas conforme se deben hacer.

—Luego, lo presentarán muerto al público y ustedes hablarán al juez para que se haga cargo de los bienes del viejo.

—Y será cuando se encuentre el testamento dentro de la serpiente y todo parecerá natural, en vez de servirle al juez el testamento en nuestras manos.

—Es usted un tipo muy sutil, señor Carring.

Red Carring suspiró lleno de satisfacción.

—No sé lo que pasa, pero este asunto nos está saliendo a pedir de boca. Sí, Teo. Figúrate que yo había preparado unos chicos para que se cargaran a Mark y los pelirrojos. ¿Y qué pasa? Pues salió todo la mar de natural cuando ese Bud Silver llegó y los abrasó a balazo limpio. ¿No es curioso que todo salga tan redondito?

—Sí, señor Carring. Mi abuelo decía que cuando se está de suerte, uno tira un salivazo y del suelo sale petróleo.

—Estoy con tu abuelo, muchacho, Y es que los viejos saben más por viejos que por diablos. Mira por ejemplo a Aaron Chester.

—Ya. Ya lo veo hecho un cisco.

—Pues el muy pajarraco intentaba hacernos creer que el negocio de la mina sería para Gus y para mí, dado que no hay otros herederos.

—Ya.

—Incluso nos mostró ese testamento. Pero Gus y yo sabíamos que nos reservaría algo detonante. Y lo supimos gracias a una borrachera de las de época que agarró el vejete. Se puso a llorar y habló de una carta al juez. Dijo que en esa carta ordenaba que, al morir, acudieran a la serpiente del Banco, que encontrarían grandes revelaciones.

—Ya.

—Ahora sí que encontrará el juez una buena revelación. La revelación de que el negocio es para nosotros. Pero si no llegamos al agujero secreto de la serpiente, el juez habría encontrado una carta que nos incriminaba a Gus y a mí. También tenemos nuestros pecadillos y nadie los debe saber. ¿No te parece, hijo?

—Me parece justo.

Carring parpadeó rememorando hechos.

—Gracias a que lo cogimos bien agarrado.

—¿Cómo consiguieron enchufarse en el asunto de la mina, señor Carring?

—Verás, muchacho. Este viejo que ves ahí abajo disparó contra un socio allá por sus tiempos de joven. El socio cayó a un precipicio.

—Vaya con el viejo Aaron, en sus tiempos de joven.

—Sí, hijo. Todos tenemos nuestra bazofia moral. El viejo Aaron también la tenía.

—Con que se cargó a un socio.

Carring carraspeó.

—La verdad es que el socio de marras cayó abajo del precipicio. Pero ni le tocó la bala, ni se rompió los huesos. Se limitó a chantajear a Aaron por medio de un sobrino.

—Usted.

—Eres listo, pequeño. Sí, el sobrino de aquel fallecido socio soy yo. Y cuando mi tío se cansó de chantajear a Aaron, agarró una infección intestinal y se murió. Entonces fue cuando decidí dejarme caer por aquí par exprimir debidamente al pichón. Agarré a Gus que es un tipo con sesera, y tanto él como yo conseguimos empleo a la fuerza.

—Ya lo veo claro, señor Carring. Aaron tuvo que admitirlos y pagarles un sueldo fabuloso.

—Y ésa es la historieta, pequeñín.

—… Que todavía tiene que terminar felizmente para usted.

Carring guiñó un ojo.

—Y para ti también, muchacho. Me caes simpático y no será fácil que te apartes de nuestro lado.

Teo sonrió feliz, pero se le heló la sonrisa cuando recordó el foso donde estaba Aaron y algunos esqueletos desparramados. Sería cosa

de volar pronto de la mina no fuera cosa que le dieran aquella fosa.

En aquel instante llegó el administrador acompañado de un tipo pequeño, feo y barbudo.

—Eh, Red. Oye lo que dice Apolo.

Apolo alargó el cuello y pareció recitar lo que sabía.

—El tipo llamado Bud Silver está haciendo indagaciones acerca de un fulano que sabe disfrazarse de todo. Y dice que, sin duda, se trata de un tal Teo Mayer, actor de la legua y cómplice de muchos asesinatos y otros delitos de menor cuantía. El tipo llamado Bud Silver ha encargado plomo en la factoría de Betty pero no se ha largado. Está metiendo la nariz en todas partes, tocando el tema del tipo llamado Teo Mayer…

—¡Cierra la espita, condenado! —rugió Carring ahora descompuesto.

Apolo dio un brinco, se puso cara al Norte y se alejó como un muñeco mecánico.

Carring Hizo una mueca.

—¡Y yo que era feliz porque todo había salido de artesanía!

—Y según me han dicho —agregó Gus sin mover un musculo del rostro—, todo se debe a aquel desgraciado de la banda de Mark. El feo Nick Hanna que se dejó ver ante la fulana del plomo y ésta deshizo el equívoco remojando a Silver con una manguera por supuesto mirón y perseguidor de damas que se bañan.

—Bien muerto está aquel puerco y sus compinches.

—Pero mira si el detalle ha traído cola, infiernos.

—No perdamos la calma, Gus. Bud Silver tardará mucho en relacionarnos con Teo, aquí presente.

Teo engulló saliva.

—Si quieren, yo me disfrazo de pastora y me hago humo ahora mismo —dijo, y empezó a sacar un vestido de volantes.

—Quédate ahí, Teo —masculló Carring—. ¿Dónde está ahora ese tipo llamado Silver? ¿En, Gus?

—En la oficina del *sheriff*. Imagínate, enredando.

—No hacía falta que comprara plomo a Betty. Porque va a llevarse mucho. Y se lo llevará puesto.

Carring entornó los ojos peligrosamente.

CAPÍTULO VIII

—Infiernos, Silver. El asunto está en mis manos, deje de buscarse líos.

Bud recorrió la oficina de un paseo.

—Cuando caí en la cuenta de que el tipo es Teo Mayer, me juré encontrarle hasta saltarle los dientes por la faena que me hizo.

—¿Y la que me hizo a mí, llorando a lágrima viva? Yo me encargo de él, Silver.

—Tenía que ser él. Una vez lo agarré por el cuello dispuesto a apretar. Había conseguido encerrarse en un cuarto de una muchacha, haciéndose pasar por la madre de ella.

—¿Tan hábil es, Silver?

Bud tiró del bigote al *sheriff*, quien masculló una imprecación pegando un salto atrás.

—¿Se ha vuelto loco, Silver?

—Quería asegurarme de que usted es realmente el *sheriff* y no Teo Mayer. Eso le dará una idea de la habilidad que tiene ese tipo con el asunto de los disfraces.

—Demonios, un pájaro de ésos puede echarme la ciudad abajo.

—Por eso hay que atraparle pronto.

—Bueno, déjelo en mis manos y yo le mandaré como trofeo un juego de barbas cuándo atrape a ese Teo Mayer. Se lo enviaré donde me diga.

—Preferiría verle morder el polvo de esta ciudad, *sheriff*.

—Aquí lo morderá. Pero usted vaya con su plomo a casa.

—El tipo se impresionó mucho cuando estuve a punto de estrangularlo. Y seguramente no se le olvidó mi cara y pudo reproducirla tan bien. Pájaro…

—Bueno, cálmese, Silver. Lo atraparé. Vaya que lo atraparé.

Ande, tome su plomo y Dios le guíe por esos caminos.

—El plomo se lo vamos a servir nosotros, *sheriff* —dijo una voz sibilante en la puerta.

El *sheriff* se dio vuelta de un brinco.

Y alcanzó a ver a tres tipos armados hasta los dientes.

Pero no vio mucho más.

Los tres tipos comenzaron a apretar los gatillos de sus armas.

Bud pareció empujado por aquella avalancha de plomo que le servían.

Y como estaba cerca de la ventana, saltó de espaldas por allí.

Sin embargo, hizo más cosas mientras saltaba porque era de los que sincronizaban los movimientos.

Yendo por el hueco escupió tres proyectiles. Y cuando cayó a la acera soltó otra corta ráfaga de tres vaciando el Colt.

Ya no tuvo que recargarlo porque todo había terminado.

El *sheriff* salió de la oficina evidentemente aterrado:

—¡Santos del cielo! ¡Se cargó a los tres, Silver! ¡Ben Loreck, tiene dos balas en el pómulo, Fee Nanty un agujero en el cuello y el tercero, San Samuels!, ¡no sé lo que le pasa porque se queja del vientre y se está muriendo!

* * *

La puerta se abrió y Red Carring y Gus Flipper se llevaron un susto al ver entrar a su jefe Aaron Chester.

—¿Qué demonios les pasa a ustedes? ¿Por qué no trabajan?… Seguro que están hablando de mujeres.

Carring y Flipper estaban perplejos. Ellos sabían que Aaron Chester estaba metido en el agujero, encadenado con una buena argolla al cuello.

No, no podía ser Aaron Chester, sino aquel condenado actor de Teo Mayer.

Carring rompió el silencio.

—Demonios, Teo, casi nos la pegaste. Por un momento, he creído que eras el mismísimo Chester.

Su compinche, Flipper dejó escapar el aire por entre los dientes.

—¡Maldita sea, a mí también me la pegó…!

El recién llegado soltó una risa cascada.

—Soy un tipo grande, ¿eh…?

Carring cabeceó.

—Juro que no he visto a otro actor como tú.

—Bueno, amigos, ¿cuándo es la faena…?

—No tengas tanta prisa. Lo importante ya está… Nunca pudimos soñar con nadie que representase tan perfectamente su papel… Por ese lado, todo marcha de primera… En cuanto a ese entrometido de Bud Silver, ya le mandamos saludos.

—Los dos bastardos van a tener su merecido, Bud Silver y ese viejo del infierno, Aaron Chester… Mañana tendremos la mina en nuestro, poder y podremos dedicarnos a hacer ese viaje a Nueva Orleans —se regocijó Flipper.

—Nueva Orleans —repitió Carring y entornó los ojos ensoñadoramente—. Tengo ganas de volver al París Palace… Aún recuerdo a Fifí, la francesita con la que pasé unos días hace un par de años…

En aquel momento se abrió otra vez la puerta y Bud Silver entró en el despacho.

Carring y Flipper parecieron convertirse en figuras de mármol.

—Hola, señores…

El rubio Flipper fue el primero en reaccionar.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor Silver?

—Mucho.

—Pues usted dirá.

—Van a escribir de su puño y letra una declaración.

—¿Eh? —exclamaron a la vez Carring y Flipper.

—Van a confesar que me enviaron tres hombres para que me matasen…

—¿De qué está usted hablando, señor Silver? —preguntó Flipper.

—Eso será el comienzo… Confesarán también que contrataron a la pandilla que asaltó el Banco, llevándose cuatro mil y pico de dólares y la serpiente de Aaron Chester… Confesarán que atraparon a Aaron Chester y lo metieron en un sótano suplantándolo luego por un actor llamado Teo Mayer… El objeto de toda esta operación era eliminar a Aaron Chester para heredar su mina Cascabel… Lo cual está empalmado con lo del asalto, puesto que sólo querían la serpiente de oro para meter en ella el testamento de Aaron Chester en que los nombraba a ustedes herederos.

—No puede probar ni una sola de esas acusaciones… —dijo Flipper.

—¿Conque no, eh…? Supe lo del intento de mi asesinato por boca de Sam Samuels, uno de los tres forajidos que me enviaron. Lo herí, aunque sus dos compañeros no tuvieron esa suerte… En cuanto a los demás, aquí tengo a su cómplice, Teo Mayer, que, como es muy listo, y no se ha manchado las manos de sangre, confesará de plano…

Flipper y Carring miraron al viejo.

Carring gritó:

—¡Usted no puede decir nada!… Cósase la boca, ¿lo oye bien…?

Bud puso una manó sobre el hombro del anciano.

—Teo, elija inmediatamente el bando en que va a jugar…

—¡Elijo la ley! Es cierto lo que dijo, señor Silver… No se equivocó en una sola palabra… Todo lo organizaron para heredar al abuelo…

Hacía rato que Flipper tenía la mano en un cajón. Ahora tiró de él y saco un revólver.

Fue a disparar sobre Bud Silver, pero el joven no le dio oportunidad. De su diestra, brotó una llamarada.

Flipper recibió el impacto en el pecho y cayó contra la pared. Agrandó los ojos al ver el agujero que tenía cerca del corazón.

—¡Maldito sea, Teo…! —exclamó—. Si usted no hubiese hablado, Silver no habría podido probar nada…

Bud Silver se volvió hacia el hueco de la puerta y chascó los dedos.

Oyéronse pasos y entraron en la habitación dos hombres. El *sheriff* y Teo Mayer, quien ahora no tenía ningún disfraz.

Carring estaba asombrado mirando alternativamente a Teo Mayer y al viejo.

—Sí, amigos —dijo Bud Silver—. El hombre con el que ustedes hablaron hace un momento es su verdadero patrón, Aaron Chester. Yo atrapé a Teo Mayer y le obligué a cantar… Naturalmente, el *sheriff* me echó una mano, y sólo tuvimos que abrir el sótano para sacar a Aaron Chester.

Flipper no pudo con tanta emoción, el corazón le dejó de funcionar.

Carring ofreció sus manos al *sheriff* para que lo esposara.

Comprendía que era el fin.

CAPÍTULO IX

Bud salió del Banco. Acababa de cobrar un cheque de dos mil dólares que Aaron Chester le entregó como premio por haberle salvado la vida.

Red Carring y Teo Mayer habían pasado a la jurisdicción del *sheriff*. Tendrían que pagar por todo lo que habían hecho.

De pronto descubrió a Betty Moore junto a la puerta del almacén de Freddy Crush.

—Buenos días, Betty.

La joven dio un respingo y miró al joven con ojos llenos de sorpresa.

—No se me acerque, señor farsante.

—No tengo viruela.

—Usted es peor que una plaga…

—No diga eso, mujer.

—Cada vez que me lo he tropezado, me ha ocurrido una desgracia.

—Bueno, eso fue por culpa de usted…

La joven echó fuego por las pupilas.

—¿Todavía tiene el cinismo de echarme a mí la culpa, de hacerme responsable…?

—Recuérdelo, usted empezó primero… Yo estaba muy tranquilo en mi celda y llegó para regarme con una manguera.

La joven lo apuntó con el dedo.

—Pero tuve motivo porqué usted me había seguido antes en la alberca… —se interrumpió mordiéndose el labio inferior.

Bud esbozó una sonrisa.

—Ya se ha dado cuenta de que se confundió, de que yo no era aquél hombre que la persiguió, y que, por lo tanto, tampoco soy un

farsante.

Betty apretó los menudos y bien alineados dientes.

—Voy a pasar porque aquello fuese un error.

—Gracias, señorita… —repuso Bud, haciendo una reverencia.

—Pero no me negará que se presentó en mi negocio bajo un disfraz, utilizando un nombre supuesto al de un tal Popopo…

—Paporowich…

—Poropopowich, o como diablos quisiera llamarse… El caso es que provocó una catástrofe. Estoy segura de que me arrojó a la alberca intencionadamente. Me engañó desde el principio al fin.

Bud no perdió la sonrisa.

—¿Me permite recordarle ciertos aspectos de esa cuestión…? ¿Qué engaño pudo haber cuando le compré plomo y se lo pagué en dinero contante y sonante? ¿Qué fraude pudo haber cuando traté de darle toda clase de explicaciones con respecto a nuestro primer incidente…?

La joven quiso contestar pero de nuevo las palabras se atropellaron en su boca.

—¿Sabe lo que le digo, señor Silver…? ¡Que usted y yo no nos entendemos…!

—Lo mismo pensé yo, y se me ha ocurrido invitarla a almorzar.

—¿Cómo?

—Ya sabe, para estrechar relaciones y limar asperezas.

—¿Es que ha perdido usted el juicio…?

—¿Juzga así a los hombres que la invitan…? No debería ser tan severa consigo misma, señorita Moore.

—¡Yo elijo a mis amigos, señor Silver!

—Hace usted muy bien, pero me permito llamarle la atención sobre la forma en que los elige… Parece que tiene usted muy pocos.

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Según he oído, su genio de mil diablos impide que un hombre se le acerque a no ser que tenga malas intenciones.

—¡Eso es una calumnia…! ¡Dígame quién es el autor de ella porque me las va a pagar todas juntas!

—¿Lo ve usted…? Ya está pensando en vengarse… Eso está muy feo en una mujer.

—Señor Silver, cuando quiera sus lecciones se las pediré.

—Pues ya va siendo hora de que las pida con urgencia.

—No es usted la persona más adecuada para juzgarme.

—¿Y por qué no?

—Sé que es usted un hombre demasiado rápido con el revólver.

—Le aseguro que me ha servido de mucho, señorita Moore. Me costó tiempo conseguir esa facilidad con el Colt y por si no lo sabe, dedico una hora diaria al saque… Pero creo que nos hemos apartado de la cuestión principal… El tema de la discusión es usted.

—Señor Silver, tengo que decirle muy aprisa que no acepto su invitación para almorzar.

—No la invitaría ahora ni aunque me lo pidiera de rodillas.

—¿Yo, pedírselo de rodillas? Pero ¿quién se ha creído que soy…? ¿Quizás una de esas girls con las que acostumbra divertirse…?

—Nuevamente le doy las gracias por recordármelo… Lilian es una magnífica compañera para el diálogo… Y estoy seguro de que le daré una alegría cuando la invite a almorzar… Buena suerte señorita Moore… Espero que, tal como va, llegue a convertirse en todo un hombre. Aunque debo decirle que es una lástima. Se la mire por donde se la mire, tiene usted una figura de primera categoría…

La joven abrió la boca y cerró las manos pero ni dijo ni hizo nada.

Bud se tocó el ala del sombrero y, con una sonrisa, dio media vuelta y se alejó de la muchacha.

Poco después, entraba en la oficina del *sheriff*, el cual le había dicho que pasase por allí para firmar todo el papeleo relacionado con Aaron Chester.

—Bueno —dijo el *sheriff* cuando Bud hubo terminado el protocolo—. Espero que ahora se marchará del pueblo.

—Me quedaré unas horas para descansar. Tengo derecho, ¿no, *sheriff*?

—Descansar, qué hermosa palabra —repuso Cooper frotándose las manos—. A mí también me hace mucha falta después de los apuros que he pasado.

La puerta se abrió de repente y Marcus, el ayudante del *sheriff*, entró como una exhalación.

Cooper lanzó un grito, y, al ver que se trataba de su ayudante, arrugó la nariz.

—Marcus, ¿cómo te he de meter en la cabeza que entres con más cuidado…?

Marcus respingó agitadamente.

—¡Jefe… ha llegado un hombre extraño…!

El *sheriff* Cooper iba a seguir reconviniendo a su ayudante. Pero aquellas palabras pronunciadas por Marcus lo dejaron clavado en el suelo, sin habla. Cuando pudo pronunciar palabra lo hizo con un gallo en la voz.

—¿Otro hombre extraño…?

—Sí, jefe.

—¡Marcus, no estoy para bromas…! Teo Mayer no se escapó. Lo tengo en la celda.

—Le he dicho que es otro, jefe. Además Mayer lloraba, y éste ríe.

El *sheriff* corrió al armero y sacó un rifle.

—¡Ya entiendo! —exclamó—. ¡Es otro asalto al Banco! Ese tipo ríe y distrae a la gente, y entonces los salteadores entran y se llevan el dinero…

—No da en el clavo, jefe.

—Maldita sea, Marcus. Me tienes harto… ¿Quién es ahora el hombre extraño?

—Un lord.

—¿Cómo un lord?

—Uno de esos aristócratas ingleses. Su nombre completo es Kenneth Duncan.

—¡Marcus, tú has bebido!

—Ni una gota, jefe. He visto con mis propios ojos al lord. Yo pasaba junto al hotel La Sirena, cuando apareció un magnífico carruaje… Ese lord Duncan sabe cuidarse. No viene solo. Le acompañan tres hombres, y todos visten a la última moda europea… El cochero abrió la portezuela del carruaje y gritó: «Ya hemos llegado, lord Duncan».

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó el *sheriff* interesado en la historia de Marcus.

—Apareció un tío rubio, de unos treinta y cinco años, simpático. Ya estaba sonriendo cuando dejó ver su cara. Tenía uno de esos bastones con un diamante en el puño. Desde la escalerilla del carruaje echó una mirada a su derecha e izquierda y luego dijo:

«*Look* West, he venido a ti para convertirte en el Emporium de Texas». Los que estaban por los alrededores se quedaron de piedra, lo mismo que yo. Salieron los tres hombres que acompañaban al lord y bajaron el equipaje que eran cinco baúles de los gordos. Entraron en el hotel La Sirena y yo los seguí para no perderme detalle. Ese tipo todo lo hace a lo grande, alquiló la segunda planta del hotel para él sólito y sus empleados.

—Caramba, *Look* West es un pueblo importante.

—Todavía no sabe lo más bueno.

—Sigue, maldita sea, no te detengas.

—El lord reparó en mi estrella y se me acercó con una sonrisa. Eso es lo bueno que tiene el fulano, que nunca deja de sonreír. Me preguntó por mi nombre y se lo dije… Y entonces, va él y me dice: «Ayudante Marcus, usted cumple una misión en la vida, la de hacer respetar la ley. Casi está a mi altura, porque yo también tengo una misión, la de crear riqueza para los pueblos».

—Bueno, te dijo eso porque no te conoce.

Bud escuchaba atentamente mientras fumaba un cigarrillo.

El *sheriff* se tocó la mejilla.

—Tendré que afeitarme antes de ir a visitar a ese hombre.

En ese momento, el alcalde James Bannion irrumpió en la estancia muy nervioso.

—*Sheriff*, ¿está informado…?

—Si se refiere al lord, Marcus me estaba dando la noticia.

—Es lo más grande que ha ocurrido en *Look* West desde su fundación. Hace tres días recibí una carta anunciándome la visita de lord Duncan.

—¿Por qué no lo dijo usted, alcalde?

—Porque no lo creí. La verdad es que pensé que se trataba de una tomadura de pelo. ¿Por qué un hombre tan importante como lord Duncan iba a pensar en *Look* West?

—Perdone, alcalde —intervino Bud Silver—. ¿Cómo sabe que ese aristócrata es legítimo?

—La carta me ha sido enviada por un hombre que es todo un personaje en Huston, el secretario del gobernador, mi amigo el abogado Robert Hunter. Y aquí traigo la carta, para que se enteren todos. Pero no la leeré hasta que lleguen los demás.

—¿Los demás, alcalde? —inquirió el *sheriff*.

—He citado aquí a los miembros del consejo municipal, porque se trataba de un asunto que atañe a toda la comunidad de *Look* West. Hoy es un día grande para todos nosotros.

En la oficina entraron cuatro hombres uno detrás de otro. Se mostraban afectados. Conocían la llegada de lord Duncan.

El alcalde impuso silencio.

—Caballeros, les voy a leer la carta que recibí de Huston, del secretario del gobernador.

Hizo una pausa para que todos se diesen cuenta de que era un hombre que se relacionaba con las alturas. Tosió, y luego empezó a leer:

> «Mi querido alcalde de *Look* West, James Bannion: Le escribo unas letras para participarle una gran noticia. Un famoso hombre de negocios inglés, aristócrata, de rancio abolengo, lord Kennet Duncan, se dispone hacer cuantiosas inversiones en Texas, lord Duncan tiene enormes intereses industriales en varios países de Europa, y ahora ha fijado sus ojos en nuestra nación. Lord Duncan es un creador de riqueza, como a él le gusta llamarse a sí mismo. Baste decirle que es presidente de seis compañías mineras, cuatro de ferrocarril, tres de maquinaria agrícola, y tiene importantes paquetes de acciones de otras muchas sociedades de doce países. He hablado largamente con lord Duncan y, juntos, hemos llegado a la conclusión de que *Look* West es el condado de Texas donde se ofrecen mejores perspectivas para que lord Duncan pueda desarrollar una eficiente labor. Lord Duncan viaja con dos secretarios y un ingeniero, elementos que le son imprescindibles para desarrollar sus vastos planes de trabajo. Espero que usted y las fuerzas vivas de *Look* West presten su ayuda a lord Duncan, y que se hagan merecedores de la gran suerte que les depara el destino. En un plazo breve, tan pronto como mis ocupaciones me lo permitan, tendré mucho gusto en

viajar hasta *Look* West pero lo haré en compañía del gobernador, por lo cual, seria maravilloso que ese viaje fuese colmado por la inauguración de alguna de las muchas y magníficas obras que lord Duncan se propone realizar en ese condado. Suyo afectísimo, e incondicional amigo.

Firmado Roben Hunter».

—¡Hurra! —gritó un gordito.

El entusiasmo se desató entre los hombres que componían el Consejo Municipal.

Se acercaron al alcalde. Le estrecharon la mano y le palmearon la espalda efusivamente.

—Caballeros —dijo el alcalde, tratando de imponer la serenidad —. Lo primero que hemos de hacer es visitar a lord Duncan en su hotel. Naturalmente, nos pondremos a su disposición, pero propongo que lo hagamos dignamente, con nuestras mejores galas. Lo cual quiere decir que tendremos que cambiarnos de traje…

La propuesta fue aprobada por unanimidad.

—Entonces, amigos —dijo el alcalde—, dentro de una hora en el vestíbulo del hotel La Sirena, y, ya lo sabe, *sheriff*, usted también ha de estar allí.

—Descuide, alcalde. No pienso perdérmelo.

El alcalde y los otros miembros del Consejo Municipal salieron precipitadamente de la oficina del *sheriff*.

—¡Marcus! —gritó el *sheriff*—. Calienta agua para afeitarme.

—Pero si ya se rasuró esta mañana, *sheriff*.

—Maldita sea, qué culpa tengo yo de que la barba me crezca tan rápida. ¿Y por qué tengo que darte razones? ¡Me afeito porque me da la gana!

—Sí, jefe. No se ponga así.

El *sheriff* pareció reparar entonces en Bud Silver, que permanecía pensativo.

—Eh, usted, Silver; no quiero verlo por ahí… No me gustaría que armase una de las suyas ahora que tenemos en el pueblo a un personaje de categoría…

—Oh, no, jefe. No tiene que preocuparse. ¿Por qué les voy a

echar a perder un acontecimiento tan grande…?

El *sheriff* cerró un ojo y miró a Bud con el otro, ya no le había gustado el tono con el que el joven había dicho aquello.

Antes de salir, Bud volvió la cabeza y dijo:

—No se olvide de sacarle brillo al revólver, *sheriff*. Sería muy lamentable que lord Duncan pensara que nuestra primera autoridad descuida tanto su instrumento de trabajo.

—Gracias, Silver. Tendré en cuenta su consejo —contestó el *sheriff* pero en seguida se puso serio y apretó los dientes.

—¡Vayase al infierno, Bud!

Silver hizo un saludó con la mano y salió de la oficina.

CAPÍTULO X

Bud Silver despertó porque alguien le había abierto la ventana. Se frotó los ojos y vio a la pelirroja Lilian.

—¿Qué te pasa, chica…? Cuando no trabajo, no me gusta madrugar.

—Son las dos de la tarde.

—¿Tanto tiempo llevo aquí…?

Lilian se fue hacia el espejo, y mientras se ahuecaba el cabello, dijo:

—Los hombres sois distintos unos de otros.

—Eso debe ser una suerte para ti.

—No me quejo. Eres un muchacho maravilloso, Bud.

—Gracias.

—Pero la ambición no debe ser una de tus cualidades.

—No, admito qué no lo es. Me conformo con lo que tengo.

—En cambio, hay otras personas que siempre quieren más.

—Así son la mayoría.

—Pero entre esa mayoría hay algunos que han nacido para ser millonarios. Ahí tienes a lord Duncan…

—¿Qué pasa con lord Duncan?

—En sólo dos días que lleva en el pueblo, lord Duncan ha constituido tres grandes Compañías. *Look* West se va a convertir en una ciudad tan importante como Huston y quizá más que Wichita.

—¿Cuáles son esas tres compañías?

—Una es la del Ferrocarril de *Look* West, que unirá nuestra ciudad con la capital y, con el golfo de Méjico… Servirá para transportar el ganado.

—No es mala idea, pero ¿quién va a poner el dinero…?

—Naturalmente, la mayor parte la pondrá lord Duncan, pero él

quiere que los ciudadanos participen de los beneficios.

—Ya entiendo. Pondrá a la venta acciones.

—Si, y para que puedan comprarlas hasta la gente más humilde, habrá acciones hasta de cinco dólares.

—Sigue con las compañías. ¿Cuáles son las otras…?

—La Asociación Exportadora de reses.

—Vaya, también el señor Duncan se ha hecho ranchero.

—No, Bud.

—¿Entonces, cómo va a exportar reses?

—La Asociación ha reunido a los más importantes ganaderos de la comarca. Lord Duncan se encargará sólo de la exportación, ya sabes, de vender las reses.

—Comprendo, y por cada res que importe o venda, lord Duncan cobrará un tanto.

—No, Bud. Lord Duncan ha dicho que no quiere ningún beneficio para él. Los que se obtengan quedarán en la caja, la de la propia asociación… Piensa vender reses hasta en Europa.

—Ya sólo queda una compañía.

—Se llama la Compañía Minera de *Look* West.

—Ese lord Duncan le pega a todo. Ferrocarriles. Reses y ahora minerales. ¿Qué clase de mineral? ¿Oro quizás?

—Plomo.

Bud se acordó instantáneamente de Betty Moore. Ella tenía una mina de plomo.

—También ha reunido a los productores de plomo —prosiguió Lilian—. No son muchos, unos doce en total. Lord Duncan ha dicho que una de las firmas que él dirige en Europa se compromete a comprarle toda la producción de plomo de *Look* West. Y lo pagará a cinco dólares más por tonelada del precio que rige en la actualidad.

—Eso es bueno.

—No te puedes imaginar cómo está el pueblo. Parece como si estuviesen celebrando el 4 de julio. Muy pronto correrá el dinero, y eso beneficiará a todo el mundo. Lo mismo al almacenista que al que vende ladrillos. En todas las bocas circula la frase que se ha hecho famosa de lord Duncan: La riqueza crea más riqueza.

—Cariño, ¿quieres bajar al bar y decir que me preparen un buen almuerzo? Tengo la impresión de que no he comido desde hace tres días.

—Pero ¿es que vas a salir de aquí?

—Sí, nena. Están pasando muchas cosas en *Look* West, y ya tengo interés en verlas con mis propios ojos.

La pelirroja rió las palabras de Bud.

—Espero que sepas encontrar el camino de vuelta está noche.

—Seguro, preciosa. Hay caminos que uno no olvida nunca.

—Voy a ordenar que te preparen el almuerzo —sonrió satisfecha Lilian y salió de la habitación.

* * *

Bud estaba dando cuenta del almuerzo y Lilian se sentaba a su lado.

—Tenías razón —dijo ella—. Estabas hambriento. ¿Quieres que te fríen otro par de huevos?

—No, Lilian. Prefiero quedarme con apetito… El mucho comer es malo para la rapidez conque uno debe sacar el revólver.

De pronto, oyó una voz a sus espaldas.

—¿Dónde piensa sacar el revólver?

Bud alzó los ojos y vio al *sheriff* Cooper a su lado.

—Era sólo un decir, jefe.

Cooper sonrió.

—El alcalde me acaba de permitir que tome a otros dos ayudantes…

—Ya entiendo, y vino a ofrecerme una de las plazas.

—¿Cree que estoy loco…? ¿Usted mi ayudante? No gaste bromas, Bud. Usted sería el último hombre a quien yo recurriría.

—¿Puedo saber la razón, *sheriff*?

—Claro que sí, usted es un busca ruidos.

—Según he oído decir, hay mucho movimiento en la ciudad. Vendrán forasteros ahora que *Look* West se va a convertir en una ciudad como Wichita o Abilene.

—Seguro, Bud.

—También los tipos indeseables querrán sacar partido, hincar el diente en el asado.

—Es posible… Pero mis tres ayudantes y yo nos bastaremos para mantener el orden…

—Lo celebraré mucho, *sheriff*.

—Pensé que se marcharía en seguida con su plomo.

—Sí, pero ahora me quedaré. No tengo necesidad de ganarme la vida en otra parte, puesto que *Look* West me va a ofrecer muchas oportunidades… He oído decir que lord Duncan compra plomo, y yo tengo plomo…

—No sea ridículo, Silver. Usted no es un minero, sólo un revendedor, Compró unos cuantos lingotes a Betty Moore. A Lord Duncan no le interesa su mercancía…

—Prefiero que me lo diga él.

—¿Usted quiere visitarla lord Duncan? —rió el *sheriff* con buen humor.

—¿Cuál es su chiste…?

—A Lord Duncan no se le puede ver tan fácilmente. Hay muchas personas que quieren hablar con él. Dos secretarios trabajan en su antecámara y son los que fiscalizan a las personas que, pretenden visitar a su jefe.

—Gracias por avisármelo.

Bud dejó en la mesa el importe del almuerzo y palmeó la mejilla a Lilian.

—Te veré luego, nena.

El *sheriff* fue con Bud hasta la calle.

Se detuvieron en la acera de tablones y Bud miró arriba y abajo. Vio a mucha gente y todos los ciudadanos parecían de buen humor.

—Da gusto que el pueblo de uno sea a lo grande —comentó el *sheriff*.

—Sí, *sheriff*, es bueno.

—Dentro de unos meses, *Look* West será una ciudad de categoría, de lo mejor de Texas.

Bud vio a Betty Moore, que salía del almacén con un vestido nuevo y un sombrero que era un casquete rosa pálido.

—Hasta luego, *sheriff* —dijo Bud y fue al encuentro de la joven —. ¿Qué tal, señorita Moore?

—¿Todavía está usted por aquí…?

—¿Se acuerda de aquél almuerzo? Lo empecé y acabo de terminarlo ahora.

—Ya entiendo, con su Lilian.

—Es una chica muy habladora.

—Señor Silver, me tiene sin cuidado su vida privada. Además, no puedo entretenerme, tengo una cita con lord Duncan.

—Comprendo, usted forma parte también de esa compañía minera.

—Lord Duncan me ha hecho una magnífica oferta para comprar mi plomo y, naturalmente, no puedo perder un buen negocio.

—¿Está segura de que va a ser bueno…?

—Señor Silver, lord Duncan está dispuesto a pagar una tonelada a un precio mayor al que rige en nuestros mercados. Y ahora, discúlpeme, pero no puedo entretenerme.

—Le falta algo.

—¿Cómo?

—Me refería a su modelo. Se le olvidó comprarse la sombrilla, ya sabe, el quitasol. Es lo que se lleva en Europa. Si quiso impresionar a lord Duncan, él va a echar de menos ese detalle.

Los ojos de Betty relampaguearon.

—No estamos en Europa pero, si me falta el quitasol, quizá él me lo regale.

—Tenga cuidado, los tiburones no regalan nada. Siempre quieren algo a cambio.

—Señor Silver, es de muy mal gusto por su parte llamar tiburón a lord Duncan.

—Oh, perdón —contestó Bud haciendo una reverencia—. Es cierto, un aristócrata no merece tal calificativo.

—Ríase, todo lo que quiera, lord Duncan está muy por encima de usted. Ya puede estar seguro de que él nunca invitará, a almorzar a su Lilian.

Después de soltar esa andanada, la joven levantó la barbilla y se alejó hacia el hotel La Sirena.

Bud sonrió sin dejar de observar a Betty, la cual andaba muy recta, quizá porque pensaba que ahora debía moverse como una dama inglesa. Pasó por su lado el alcalde y lo saludó.

—¿Cómo van las cosas, alcalde?

James Bannion se volvió hacia él diciendo:

—Me preocupa la situación floreciente de mis ciudadanos. Es un punto de vista puramente objetivo del que el campo, la minería y el ganado sacarán, su renta.

—¿Entendió algo de lo que dijo, alcalde?

—¿Qué…?

—Me refería a sus palabras. Apuesto a que no entendió lo que

quiso decir.

—Señor Silver, usted es sólo un gun-man y comprendo que su lenguaje esté a nivel muy bajo.

—Es posible alcalde, pero tenga cuidado con lo que suelta en sus discursos, o el día menos pensado puede terminar en un hospital de enfermos mentales.

El alcalde soltó un bufido y se le cayó el monóculo. Lo buscó con mucha rapidez y, tras calarlo en el ojo, se marchó muy de prisa por la acera.

Bud Silver se rascó detrás de una oreja. En *Look* West había entrado la tontería, y lo peor es que había tomado posesión de todos los ciudadanos.

—Eh, Marcus —llamó al ayudante del *sheriff*.

Marcus, muy estirado, se acercó a él.

—¿Me necesita para algo, señor…? Estaré muy gustoso en hacer algo en su favor, señor…

—Oye, Marcus, ¿te has propuesto que lord Duncan te contrate como mayordomo?

—Me honraría mucho que lord Duncan se diese cuenta de que puedo ser colaborador suyo.

—Marcus, no me decepciones. Pensé que tú serías una de las pocas personas de *Look* West que conservaría la cabeza sobre los hombros.

—Oiga, Bud ¿La verdad es que ya estoy harto? Se lo digo entre nosotros, naturalmente.

—Ábreme tu pecho, Marcus.

—El jefe está empeñado en que nos comportemos como si estuviésemos en Inglaterra… Hasta se ha comprado un libro de historia para estudiar todo lo relativo a Gran Bretaña. Yo también le eché una hojeada pero lo único que me gusta es lo de Enrique VIII ¡Qué tío, señor Silver! Se casaba con una fulana y, cuando estaba cansado de ella, hala, al verdugo.

—¿Qué sabes de lord Duncan…?

—Pues lo que todo el mundo sabe, que se ha hecho el amo de la ciudad.

—Me refiero a lo que hizo por otras partes.

—Creó riqueza.

—Sí, eso ya lo sé… Pero me gustaría saber dónde la creó.

—Quien está enterado es el alcalde. Pregúntele a él.

—Prefiero preguntárselo a lord Duncan en persona… Te veré luego, Marcus.

Bud Silver se dirigió también al hotel La Sirena, donde se hospedaba el famoso lord Kenneth Duncan.

CAPÍTULO XI

Lord Kenneth Duncan sacó brillo al diamante que tenía en el anillo del dedo.

Uno de sus colaboradores, el ingeniero; Ty Menickman, le comunicó:

—Tengo entendido que el alcalde ha propuesto darle una medalla de oro con una inscripción que dirá: «A lord Kenneth Duncan, protector de *Look* West».

—Muy elocuente: Pero recuérdale al alcalde qué ponga mucho oro.

—Sí, lord Duncan. No admitiré ninguna clase de aleación.

Llamaron a la puerta y entró uno de los dos secretarios, el que respondía al nombre de Lee Madison.

—¿Qué pasa, Lee?

—¿Cuándo va a empezar a recibir sus visitas?

Lord Duncan dio un bostezó.

—Hoy no recibiré a nadie. Estoy un poco cansado: El trabajo de ayer fue agotador.

—Entre sus visitantes de hoy se encuentra esa chica que llamó su atención.

—¿Te refieres a Betty Moore?

—Sí, y parece que usted la ha impresionado.

—No me digas.

—La chica viene echa un bombón.

Los ojos de lord Duncan brillaron intensamente.

—Está bien, Lee. Ya sabes que a mí me gustan mucho los dulces… Que pase Betty Moore, pero no estoy para nadie más. ¿Lo oye?

—Sí, lord Duncan, lo tendré en cuenta.

Lee Madison desapareció y, al poco, se abrió la puerta para dar paso a Betty Moore.

Kenneth Duncan se puso en pie y salió al encuentro de la joven, a la que tomó las manos.

—Señorita Moore, hace sólo unos momentos me estaba preguntando cuándo tendría la dicha de volverla a ver.

—Le dije que vendría a visitarle en cuanto hiciese un cálculo del plomo que tengo en mi almacén.

—Pero yo creí que tardaría varios días en realizar esa operación, teniendo en cuenta que también le pedí su producción de los próximos seis meses.

La joven alzó los ojos al techo como para recordar y dijo:

—En el almacén tengo 575 toneladas de mineral de plomo que a 15 dólares la tonelada, hacen un total de 8625 dólares… En cuanto a la producción de los próximos 6 meses será de 200 toneladas al mes lo cual hace un total de 12 000 toneladas, que multiplicado por 15 dólares…

—Por favor, señorita Moore, me está abrumando con sus números…

—¿Yo a usted, un financiero tan importante? Qué bromista es usted, señor Duncan… Su cabeza maravillosa está llena de números, de cifras, de millones de dólares…

—Sí, querida niña… Es cierto. Mi cabeza está llena de grandes proyectos y, sobre todo, de formidables realizaciones. Lord Duncan, mi abuelo, me sorprendió cuando yo tenía seis años de edad contando habichuelas, y ya había llegado al número 9999.

—Oh, usted era un niño precoz.

—Sí, querida… a los doce años realicé mi primer negocio.

—¿En qué consistió?

—A espaldas de mi abuelo, vendí nuestra mansión y lo hice a un buen precio; cien libras esterlinas… Por fortuna, mi abuelo no me había dado poderes para realizar tal operación.

La joven se echó a reír.

Lord Duncan se dijo que aquella joven era como una ráfaga de aire puro en la atmósfera viciada de los grandes negocios.

—Menickman —dijo dirigiéndose a su ingeniero—. ¿Quiere ocuparse del trazado del ferrocarril de *Look* West?

—En seguida, lord —respondió el ingeniero y, tras una inclinación, salió de la estancia.

—Lord Duncan —dijo Betty cuando hubo quedado a solas con el gran hombre de negocios—. ¿Me va a pagar en efectivo?

—¿Cómo?

—Me refiero a las toneladas de plomo que hay en mi almacén.

—Oh, sí, desde luego… Recibirá el dinero en efectivo… Ya he dado orden a mi Banco de Londres de que me giren
100 000
dólares.

La joven desorbitó los ojos.

—¿Ha dicho
100 000
dólares…?

—Bueno, se trata sólo de una primera remesa, una pequeña cantidad para satisfacer los primeros pagos. El efectivo fuerte de las inversiones vendrá después.

—Señor Duncan, es usted un genio.

—Es así como me llaman: el genio de las finanzas.

—¿Por qué no me cuenta cómo ha hecho alguno de sus grandes negocios?

—Perdone, querida niña, pero hay momentos en que uno quiere olvidarse de su trabajo… Usted no puede imaginar el número de planes que constantemente pasan por mi cabeza, que me acosan, incluso en las horas de sueños…

—Me hago cargo, lord Duncan… Y lo peor es que su pobre esposa lo tendrá a su lado en muy pocos momentos.

—No hay esposa… Desde que cumplí los dieciocho años no he podido atender los asuntos del corazón —lord Duncan hizo una dramática pausa y añadió—: Sólo los del cerebro…

Se apartó de la joven, yendo hacia la ventana que estaba abierta, y dijo con voz lúgubre:

—A veces siento piedad de mí mismo.

—No diga eso, lord Duncan.

—Por favor, llámeme Kenneth.

—Oh, es usted muy amable.

Lord Duncan volvió junto a la joven, y le tomó las manos y comenzó a declararle su amor. Su deseo en aquel momento era

besarla en la boca.

Betty estaba aturdida sin moverse.

Duncan ya estaba a punto de lograr su propósito cuando se oyó una voz procedente de la ventana:

—¿Molesto?

Duncan dio un respingo porque estaba dispuesto a jurar que en la habitación sólo se encontraban Betty y él. Pero, al volver la cabeza, se dio cuenta de que estaba en un error.

Allí había un joven de unos veintiocho años, alto, moreno y cuyo rostro parecía esculpido en granito.

—Eh, usted, ¿por dónde entró?

—Por la ventana.

—¿No sabe que no se puede entrar por la ventana…?

—Al parecer es el único medio de verle a usted, señor Duncan.

—No lo entiendo.

—Me informaron que tenía usted una larga lista de visitantes. Según mis cálculos, usted no me habría podido recibir hasta el mes próximo.

Lord Duncan forzó una sonrisa.

—Empiezo a comprender, usted viene a proponerme un negocio, y no tuvo paciencia para esperar.

—Así es.

—Dígame primero su nombre.

Betty conocía perfectamente al hombre que había entrado por la ventana. Era Bud Silver, y le molestaba que hubiese interrumpido su diálogo con lord Duncan.

Bud dijo su nombre, y entonces lord Duncan se acercó a él tendiéndole la mano.

—Ha elegido usted un procedimiento bastante irregular. Pero tiene suerte porque yo siempre he simpatizado con los hombres que poseen ingenio.

—Gracias, lord Duncan.

—Dígame ahora de qué negocio se trata.

—Quiero venderle mi plomo.

—Vaya, eso me congratula mucho, y no creo que haya inconveniente en que yo se lo acepte…

—No soy minero, señor Duncan. Compré mi plomo a la señorita, aquí presente, para ganarme unos dólares en la reventa, y como he

oído que usted paga cinco dólares más que el precio de mercado, pensé que usted se quedaría con mi mercancía…

—Trato hecho, señor Silver.

—Tendrá que esperar un poco a que llegue el dinero de Londres.

—Lo siento, señor Duncan, pero yo sólo opero al contado.

—¿Es qué no se fía de mí…?

—No se trata de que me fíe de usted o de cualquier otra persona. Tengo mis principios en mi negocio, y no los varío por ningún concepto.

Betty había enrojecido las mejillas al oír en la forma en que Bud se dirigía a lord Duncan.

Kenneth se volvió hacia la joven.

—¿Ha oído al señor Silver…? Le aseguro que esto no me había pasado con anterioridad.

La joven apretó los dientes.

—Seguramente, usted no tropezó nunca con nadie como el señor Silver.

—No, por cierto que no…

—¿No tiene ciento cincuenta dólares en efectivo, señor Duncan? —repuso Bud.

Lord Duncan levantó la barbilla.

—Tengo mucho más de ciento cincuenta dólares, señor Silver… Su duda acerca de mi honorabilidad me ofende mucho. En otras circunstancias, esto sería bastante para que yo rechazara su oferta, pero no puedo olvidar que estoy en *Look* West, y que he prometido que *Look* West será la comarca más floreciente de Texas… No sé si se habrá enterado de mis planes… Voy a construir la Compañía del Ferrocarril y ya puede asegurar que será uno de los más florecientes de la nación… Sus acciones se cotizarán en el mercado a un cien por cien superior a su valor, y para que vea que no le guardo rencor, estoy dispuesto a pagarle su mercancía en esos valores…

—Ni lo piense, quiero efectivo…

Los ojos de lord Duncan relampaguearon como nubes preñadas de electricidad en una tormenta de verano.

—Está bien, señor Silver, pero me temo que usted y yo, en lo sucesivo, haremos muy pocos negocios.

—De acuerdo, señor Duncan, y ya que está aquí la señorita Moore, le voy a dar a ella un consejo: Betty, no venda su plomo al

señor Duncan, a no ser que le pague en dinero contante y sonante, y después de cerciorarse de que no se trata de una falsificación.

Lord Duncan dio un respingo.

—¡Señor Silver, no le consentiré ni una palabra más…!

—No, ya no tengo nada que agregar porque lo dije todo…

—¿Quién se cree que soy yo…? ¿Por quién me ha tomado?

—Eso es algo que yo voy a investigar.

—Hablaré al *sheriff* de todo esto…

—Y si no lo hace usted, lo haré yo… Betty, ¿quiere venir conmigo?

La joven estaba asombrada, no queriendo dar crédito al diálogo entablado entre los dos hombres.

—¿Cómo se atreve, señor Silver? —exclamó—. ¿No sabe quién es lord Duncan…?

—No, no lo sé, ni usted tampoco…

—Es usted un insolente… Ha ofendido a lord Duncan, me ha ofendido a mí…

—Y según parece he ofendido a todo el pueblo de *Look* West… Son ustedes una pandilla de ingenuos… ¿Qué seguridad tienen de que este hombre no es un farsante?

Lord Duncan abrió la puerta de un tirón.

—¡Lee…! ¡Sharp…!

Los dos secretarios irrumpieron en la estancia.

Lee era de mediana estatura, pero muy robusto, y Sharp medía casi dos metros.

—¿Qué pasa, lord Duncan? —preguntó Lee.

—Saquen a ese hombre… No se contentó con colarse por la ventana, sino que sé llegó aquí para insultarme… Se ha atrevido a decir que soy un charlatán, un engañabobos…

El gigantón Sharp torció la boca.

—No se preocupe, jefe… No dirá nada en los próximos días, porque va a guardar un poco de cama.

Pegó con el codo al otro secretario y los dos se pusieron en marcha.

Betty se apartó del centro de la estancia, mordiéndose el puño derecho.

Bud Silver dijo entre los dientes:

—Lord Duncan, dígales a sus dos gorilas que se estén quietos.

—Demasiado tarde, señor Silver —contestó el rubio con una sonrisa en los labios.

Lee fue el primero en atacar.

Y ocurrió una cosa muy rara. Salió despedido por el aire lanzando un largo alarido, y se estrelló contra la pared. Bizqueó unos segundos y, finalmente se desvaneció.

Todo había sido efecto de un derechazo de Bud Silver.

Sharp Flacker, el otro secretario, se había quedado inmóvil al ver como su compañero volaba sin necesidad de alas.

Sonrió a Bud.

—No estuvo mal, muñeco… Pero el mismo viaje que hizo ése lo vas a hacer tú ahora.

—Venga…

Sharp atacó con la furia de una res.

Bud blocó un golpe, pero recibió otro en el cuello que lo hizo girar como una peonza.

Sharp lanzó un grito de triunfo y pretendió cazar a su rival con un gancho.

Pero, inesperadamente, fue él quien resultó gancheado. Sus dientes entrechocaron y se levantó en el aire no menos de dos palmos. Cayó sobre un sillón que reventó esparciendo mucha lana en su derredor.

Se rehízo en seguida porque era un tipo fuerte.

—Espera, muñeco… Todavía no acabé contigo…

—Usted tiene la vez, amigo —contestó Bud.

Cambiaron unos golpes en el centro de la estancia, y por fin, Bud dejó ir su izquierda al hígado de Sharp.

La cara del secretario pasó por distintos colores. El morado, el verde, el amarillo, naranja…

Bud tuvo tiempo para respirar profundamente, reunir sus energías en el brazo derecho, y soltar el puño.

Sharp recibió ese golpe entre los dos ojos.

Salió disparado y, como por arte de magia, desapareció en un armario cuyas puertas se abrieron sin necesidad de utilizar la llave.

Se demostró en seguida que el armario estaba demasiado lleno porque se oyó una explosión. Las paredes reventaron como si allí hubiese estallado una bomba. Y chaquetas y pantalones, del más caro paño inglés, salieron disparados en todas direcciones.

Se oyó un gemido, y luego nada. Por las puertas del armario aparecieron las piernas de Sharp Flacker, y ya no se movían.

Bud Silver echó a andar y tomó a Betty por un brazo.

—Vámonos de aquí.

La joven obró como hipnotizada, y siguió a Bud.

También lord Duncan parecía haberse convertido en un tótem indio.

Bud llegó a su lado y le apuntó con el índice.

—Tenga cuidado, rubio… Si usted es lo que yo creo, un granuja, haga su equipaje y lárguese de *Look* West. Será mejor para usted.

Dicho esto, dio un tirón de Betty y los dos salieron de la habitación de lord Duncan.

Cruzaron la antecámara, en donde había no menos de dos docenas de personas, todas ellas perplejas porque habían escuchado el ruido de la pelea.

Al llegar a la calle, Betty pareció volver en sí.

—¿Se da cuenta de la clase de salvajada que ha hecho, Bud…?

—Me he dado cuenta de todo.

—De modo que lo hizo intencionadamente.

—Sí, Betty… Empecé a sospechar de ese hombre y me prometí desenmascararlo.

—¿Qué pruebas tiene contra él…? ¿Acaso va a decirme que lo conoce?

—No, es la primera vez que lo he visto en mi vida…

—Entonces. ¿Por qué se ha atrevido a acusarlo?

—Todos ustedes son unos inocentes palomos. Pensaron que Duncan se llegaba al pueblo para repartir dinero.

—El también lo ganará. No tiene usted derecho a llamarnos ingenuos. Sabemos perfectamente que lord Duncan persigue su interés… Si nos compra el plomo más caro que nadie, es porque él lo venderá luego a un precio superior… Si vende las reses a ese matadero de Londres es porque tendrá comisión… Si construye un ferrocarril es porque el gobierno le regalará tierras a lo largo del tendido, que él, luego podra vender.

—Betty, además de eso hay otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Va a vender acciones del ferrocarril que serán compradas por gente humilde.

—Ya sé por dónde vas. Crees que el señor Duncan sólo financiará el ferrocarril con el dinero que consiga vendiendo aquí las acciones. También se equivoca. Lord Duncan va a comprar para sí el cincuenta y uno por ciento de las acciones. De esa forma se asegura la dirección de la compañía.

—¿Cómo sabe usted que va a comprar esas acciones con su dinero…? ¿Es que no se da cuenta de que él es el propio emisor de las acciones…? A ustedes les enseñará un documento justificando la compra, y por ese mismo procedimiento podría decir que ha comprado el noventa por ciento… ¿No lo ve claro? Él es el vendedor, el comprador, el tesorero, el presidente, todo en una sola pieza.

Betty dio una patada en el suelo.

—Yo sé lo que le pasa a usted, Bud Silver.

—¿Sí…? ¿Y qué es lo que me pasa?

—Tiene envidia, celos…

—¿Por qué piensa eso?

—Un hombre como lord Duncan no puede ir por el mundo sin despertar el rencor… Es un triunfador de la vida, y eso no se lo pueden perdonar muchas personas.

—No se dispare, Betty… Entonces, no me cree.

—No.

—¿Lo cree a él?

—He de decirle que lord Duncan sigue gozando de toda mi confianza.

—¿Se da cuenta de que lord Duncan le estaba haciendo el amor?

—¿Y qué tiene eso de malo…? Él dijo que no ha tenido tiempo para preocuparse de las mujeres.

—No sea ridícula.

—Oh, sí, usted encuentra ridículo que un hombre me encuentre seductora, hermosa, bella…

—No confunda las cosas… Usted puede ser todo eso, pero no es razón para que escuche al primer embaucador que se encuentre en su camino… Ese hombre siente atracción por usted como por cualquier bonita mujer que conozca mañana en otro pueblo donde llegue para cometer sus estafas…

—Me niego a seguir escuchándolo, Bud… Buenos días.

La joven dio media vuelta y echó a andar apresuradamente.

Bud cerró el puño y lo estrelló contra la palma de la otra mano.

De buena gana hubiese atrapado por el cuello a Betty para meterle sus ideas en la cabeza. Pero al fin y al cabo, ella era mayor de edad y debía saber lo que hacía.

Furioso, fue en busca de Lilian.

CAPÍTULO XII

El *sheriff* Cooper y el alcalde Bannion se acercaron a la mesa que Bud Silver compartía con la pelirroja Lilian.

El alcalde parecía un globo que fuese a reventar.

—*Sheriff*, será mejor que hable usted, porque yo no puedo responder de mí.

Cooper respiró profundamente y clavó sus ojos en el rostro de Bud.

—Silver… Al fin se buscó otro lío…

—¿De veras autoridad…?

—Déjese de jugar a acertijos, Silver. Usted sabe perfectamente por qué estamos aquí… Se coló de mala manera en las habitaciones privadas de lord Duncan… Se insolentó con él, lo insultó, le pegó a sus secretarios…

—Un poco más despacio, *sheriff*. Fueron los secretarios de Duncan los que intentaron pegarme a mí… Yo sólo me defendí…

—Usted lo acusó de ser un charlatán, un estafador…

—¿Se han asegurado ustedes de que no lo es…?

—¿Cómo se atreve…?

—Señor alcalde —repuso Silver—. Usted tiene una gran responsabilidad en lo que va a pasar en *Look* West… Centenares de familias se disponen a invertir sus ahorros en esas acciones del ferrocarril… Muchos rancheros están dispuestos a ceder sus reses a lord Duncan, conformándose con el pago posterior. Unos cuantos mineros van a dar su consentimiento para entregar su mercancía al señor Duncan con la idea de que cobrarán más tarde… Suponga por un momento que el ferrocarril no se construye y que las reses y el plomo nunca se pagan… No sólo dejarán de percibir los beneficios que ya están contabilizando, sino que se convertirá en aire el

dinero, las cabezas de ganado y el mineral de plomo que hayan entregado a ése hombre. Y ya puede estar seguro de que la ruina más grande caerá sobre la comarca de *Look* West.

—¿Qué razones tiene para basar todo eso…? Vamos dígalo.

—Puede llamarlo premonición.

El *sheriff* rió con sarcasmo.

—¿Lo oye, alcalde? Aquí tiene a un hombre con facultades de adivino. ¿Lloverá el próximo jueves, señor Silver?

—Si ustedes no andan listos, va a llover algo más que agua sobre *Look* West. Ríos de lágrimas correrán por las calles y serán sus propios ciudadanos quienes provoquen la inundación.

—Ya tuvimos bastante paciencia para escucharlo, Silver —exclamó el alcalde—. Ahora usted, Cooper, como autoridad, debe intervenir, y hágalo radicalmente… ¡O este hombre se marcha del pueblo o usted lo mete en la cárcel!

—Si me quedo —dijo Bud— ¿cuál será el cargo para que me metan en la cárcel…?

—Ahora es usted el ingenuo… —contestó el *sheriff*—. Ha dado bastantes motivos para que lo meta en una celda por cinco cargos diferentes… Pero quiero ser comprensivo con usted. Lárguese de *Look* West, y no tendrá necesidad de visitar nuestras celdas.

Bud miró alternativamente al *sheriff* y al alcalde. Estaba muy serio.

—Muy bien señores… He tratado de hacerles un favor, pero ya sé que las personas son ingratas. Me iré del pueblo.

El alcalde sonrió satisfecho.

—Es mejor para usted que lo haga, Silver.

—Dentro de algún tiempo pensará de distinta forma, alcalde.

EL *sheriff* miró el reloj que había en la pared y luego dijo:

—Tiene dos horas, Bud.

—Me va a sobrar tiempo, *sheriff*, porque me voy ahora mismo… Y les voy a agregar otra cosa… Cuando salga del pueblo, me quitaré el polvo, porque no quiero llevar nada de *Look* West.

—No crea que lo vamos a echar de menos.

El *sheriff* también sonrió con aire de suficiencia, dio media vuelta y marchó en pos del alcalde, que ya se había alejado de la mesa.

La pelirroja Lilian dijo:

—Creo que no acertaste, Bud.

—¿También tú…?

—¿Cómo pueden equivocarse tantas personas al mismo tiempo?

—Eso es lo malo, que se equivocan, a pesar de ser la mayoría.

—¿Y si fueses tú el que está en un error?

—No, Lilian.

—¿Crees en serio que eres un adivino?

—Lilian, dije eso por expresarlo de alguna manera… En realidad se podría llamar experiencia de la vida. Conozco a un pillo cuando lo tengo delante, y es lo que me pasó con lord Duncan. Apuesto a que ese tipo tiene tanto de lord como yo de japonés… Su aplomo, su seguridad, su forma de hablar, tienen un fallo especial.

—¿Qué fallo?

—Está haciendo teatro cada vez que abre la boca o se mueve… Ésa es la impresión que me da, la de un actor que actúa en un escenario.

Bud se puso en pie.

—En fin, espero equivocarme.

—Luego admites que te puedes equivocar.

—Sólo concedo una probabilidad entre un millón, y no creo que *Look* West tenga tanta suerte de ganar ese premio.

Lilian también, se levantó. Echó los brazos al cuello de Bud y le besó en la boca.

—La vida es larga, Bud… Quizá nos veamos otra vez.

—Eso merece un poco de música. —Le palmeó Bud la mejilla.

Luego, el joven salió del saloon y se encaminó al establo donde tenía el carromato con los lingotes de plomo.

Minutos después hacía correr el vehículo por la calle Mayor.

Marcus, el ayudante del *sheriff*, saltó de la acera.

—En, señor Silver, ¿adónde va…?

—Me largo Marcus…

—Creí que se quedaría para darnos una mano.

—¿Qué pasa, muchacho?

—Ha llegado al pueblo gente indeseable.

—Ése es un problema vuestro.

Marcus se rascó la cabeza.

—Nunca había visto por aquí a tipos de tanta importancia… Imagínese, Cleveland Amory, alias Manos de oro; Gene Moler, alias

Ojos de serpiente; Lewis Murray, Cara de bebé; y hay otros muchos.

—Eso quiere decir que *Look* West será una ciudad de categoría.

—Noto en sus palabras un tono irónico. Pero, después de todo, tiene razón. Si *Look* West va a ser el nuevo Emporio de Texas, tendremos muchos quebraderos de cabeza. Por eso he pensado presentar mi dimisión… No se lo diga al jefe, pero no se han hecho para mí estos jaleos.

Bud sonrió con benevolencia.

—No te preocupes, Marcus. El *sheriff* no lo sabrá por mí. Yo me voy…

—Creo que mi jefe cometió un error. Yo le sugerí que lo tomase a usted como ayudante, y él dijo que un tipo como usted sólo crearía más complicaciones… Ojalá no se arrepienta. Buena suerte, señor Silver.

—Lo mismo digo, Marcus.

Bud movió las bridas del caballo y el carro continuó avanzando por la calle mayor.

Poco después, salía del pueblo.

No se detuvo para quitarse las botas, sacudirlas y desprenderse del polvo de *Look* West. Había sido una forma de hablar, aunque mentalmente, estaba enviando al infierno a *Look* West, a su prohombre lord Duncan, y a todos sus planes para crear riqueza…

Llevaba media hora de viaje. El carro estaba pasando por un lugar que había muchas rocas.

De pronto oyó una voz a su espalda:

—¿Lleva mucha prisa, amigo…?

Detuvo el caballo y volvió la cabeza.

Sentado en lo alto de una piedra había un hombre que fumaba tranquilamente un cigarrillo. Tenía la barba crecida, y su vestimenta tenía detalles mejicanos. Pero el fulano no había nacido en Méjico. Bud lo había visto en un par de ocasiones.

Era uno de los forajidos que Marcus le había nombrado. Gene Moller, alias Ojos de serpiente.

—Sí, compañero, llevo mucha prisa —contestó Bud.

—¿Adonde se dirige?

—Todavía no lo sé.

—Eso quiere decir que podría arrepentirse…

—¿De qué podría arrepentirme…?

—Ha decidido largarse de *Look* West, pero en cualquier ocasión puede pensar de forma distinta y regresar a ella.

—Eso no entraba en mis cálculos… Pero ¿qué interés tiene usted en eso?

—Mucho.

Bud comprendió que allí había gato encerrado. Apostó a que Gene no estaba solo.

Miró hacia el frente, y no se equivocó porque vio a un segundo tipo. No lo conocía. Era rubio, muy espigado y apoyaba la cadera en una roca.

Entre los dos fulanos había una buena distancia, ya que uno quedaba enfrente y otro a su espalda.

El rubio le dirigió una sonrisa y levantó la mano a modo de saludo.

Gene Moller, alias Ojos de Serpiente, habló de nuevo:

—Usted hizo cosas feas en *Look* West, señor Silver…

—¿Qué cosas?

—Se metió con un aristócrata y lo echó por los suelos… Pisoteó su honor y eso es algo que no se puede permitir…

Bud empezó a sentir que la sangre le hervía en las venas. Podía imaginar lo demás. Aquellos dos hombres habían sido pagados por lord Duncan.

Pero él se encontraba en muy malas condiciones allí arriba, en el pescante.

—Bueno, amigo —dijo—. Creo que su patrón los engañó a todos. Seguro que nació en nuestro país y que sólo ha visto Inglaterra en el mapa.

—Malo, muy malo… —Cabeceó Gene Meller—. Mi amigo Lewis y yo somos de los que respetan la tradición… Inglaterra fue nuestra madre y debemos acoger con simpatía a los representantes que nos envíe.

Bud supo una cosa más. El rubio era Lewis Murray, alias Cara de Bebé.

Lo miró otra vez. Sí, efectivamente, su cara tenía una expresión aniñada, aunque por su cabello se notaba que ya no cumpliría nunca los veinticinco años.

—Muchachos —dijo—. Su conversación es muy amena, pero quiero llegar a la próxima ciudad antes de que sea de noche.

—Usted no va a llegar a ninguna parte —repuso Gene Moller.

—Si sigo adelante tengo que llegar…

El rubio se echó a reír.

El señor Silver es muy torpe, Gene… Todavía no te ha comprendido.

—Pues díselo tú, Lewis…

—Señor Silver, acaba de ganarse un boleto para el infierno…

Bud se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Es un viaje que no me interesa hacer.

—Pues lo hará, compañero, lo hará —sonrió el rubio.

—Veamos cómo están las cosas —dijo Bud—. Ustedes fueron contratados por lord Duncan y él dijo que me quitasen de en medio porque yo pisoteé su honor, lo ofendí y demás zarandajas.

—¿Lo oyes, Lewis? —repuso Gene Moller—. El señor Silver es más comprensivo de lo que tú creías…

—Me alegro por él —gruñó Lewis Murray, Cara de Bebé—. Así sabrá por qué se larga de este valle de lágrimas.

Bud saltó del pescante.

Consideró como más peligroso a Ojos de Serpiente. Por eso, cuando iba por el aire sacó como un rayo y disparó contra Moller la primera bala.

Los dos forajidos desenfundaron en la misma fracción de segundo en que Bud se empezó a mover.

Silver rodó en el suelo y ya no se preocupó de Moller, porque lo había visto caer.

Un proyectil se enterró en el polvo a pocas pulgadas de su cabeza.

Apretó el gatillo otra vez.

En la cara aniñada de Murray pareció explotar un cohete y fue malo para él porque le ocasionó grandes destrozos.

El forajido lanzó un grito agudo y también se derrumbó en el polvo.

Bud volvió entonces la mirada a Moller y lo vio tendido, boca arriba, completamente inmóvil.

Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. Había pasado por uno de los momentos más graves de su vida. Si hubiese tenido una vacilación, ahora estaría en compañía de los angelitos.

Y todo se lo debía a una persona. Al muy honorable lord

Kenneth Duncan.

De pronto oyó un ruido por detrás de las rocas.

Levantó el revólver con rapidez, pensando que había un tercer fulano escondido.

El ruido cesó.

Bud se puso en pie y echó a andar.

Se deslizó junto a una roca y, un poco más adelante, vio moverse un arbusto, a unas diez yardas.

—Lo estoy apuntando con mi revólver, amigo… Salga de ahí, si no quiere que lo saque a balazo limpio.

—No tire, señor Silver —dijo una voz temblorosa.

Por detrás del arbusto vio aparecer al *sheriff* de *Look* West, Job Cooper.

—¿Qué hace usted ahí, jefe?

—Vine a dar un paseo. Bueno, la verdad es que estaba buscando cierta clase de flores para hacer un ramillete…

—¿Qué tonterías está diciendo…?

Bud avanzó sobre él mirándolo con fijeza a la cara.

Su prisionero empezó a retroceder.

—Quédese quieto donde está o lo frío de un balazo, *sheriff*.

—Ya estoy quieto…

Bud alargó una mano, tomó el bigote del tipo y tiró de él.

El bigote se le quedó entre los dedos.

El hombre que tenía enfrente dio un grito.

—Quítese esa nariz postiza —dijo Bud—. Vamos, rápido…

—Sí, señor, ahora mismo.

El fulano se quitó la nariz. Y entonces a los ojos de Bud apareció la verdadera personalidad de su prisionero. Era Teo Mayer, el actor, el hombre extraño que con sus lloros permitió que fuese asaltado el Banco de *Look* West.

CAPÍTULO XIII

—¿Qué tal, señor Silver? —dijo Teo Mayer con una sonrisa.

—De modo que te escapaste de la cárcel… Y lo hiciste haciéndote pasar por el *sheriff*.

—Fue muy gracioso, señor Silver; Ya ve usted que la nariz sólo es miga de pan, aunque tuve que trabajarla mucho… Esperé a que sólo se encontrasen en la oficina los dos nuevos ayudantes de Job Cooper, aunque quizá con Marcus también habría dado resultado.

—Es posible. Marcus tiene un gran despiste… Ha sido un buen trabajo, Teo…

—Gracias, señor Silver.

—Pero vas a volver allí.

—¿Qué es lo que dice?

—Cometiste unos cuantos delitos y eso la ley lo castiga, Teo. Tú lo sabes… Admito que eres un tipo con mucha gracia, pero, a veces, tus trucos se pasan del límite. Vendrás conmigo a *Look* West.

—Usted no puede hacerme eso, señor Silver, porque no querrá ver a Teo Mayer muerto…

—No digas tonterías. Nadie te va a matar… Cuando te juzguen, te condenarán a una temporada de cárcel. Pueden ser un par de años, que, con buena conducta, reducirás fácilmente.

Teo Mayer estaba sudando.

—Se equivoca, señor Silver… ¡Le digo que me matarán…! ¡Y será en la misma celda…!

—Al parecer, tuviste una pesadilla la noche pasada.

—Oiga, estoy dispuesto a pagarle algún dinero… Deje que me marche.

—No, Teo… Ahora mismo regresas conmigo a *Look* West.

—Usted no puede hacer eso conmigo —dijo Teo, y se arrodilló

en el suelo.

—Déjate de actuar ahora, Teo… Te conozco demasiado… Tus escenas dramáticas no van a conmover mi corazón… Anda, abandona esas posturas ridículas y ponte en pie…

—¡Me matarán, señor Silver…! ¡Habrá llegado mi última hora si me devuelve a la cárcel de *Look* West…! ¡Él no me lo perdonará!

—Al *sheriff* le va a sentar mal que te hayas escapado haciéndote pasar por él, pero no dejará de ver el lado gracioso de la situación.

—No me refería al *sheriff*, señor Silver… No es él quien me va a matar, sino ese aristócrata inglés.

—¿Lord Duncan…?

—Sí, señor, el mismo.

—Ya entiendo. Me vas a colocar ahora otra de tus fábulas…

—Le repito que lord Duncan me liquidará en cuanto sepa que estoy en *Look* West.

—Esta vez tu mentira no te sirve para nada, Teo… Admito que lord Duncan es un bicho, me quiso quitar de en medio a mi, y me envió dos pistoleros. Pero tú no eres un tipo peligroso para él. Recuerdo perfectamente que, cuando Duncan llegó al pueblo, tú ya estabas en la cárcel. Ni siquiera os encontrasteis.

—Sí, es cierto, pero nos hemos visto en otro lugar.

—¿Dónde?

—En San Luis, hace un par de años.

Bud mostró interés por la conversación, aunque se decía a sí mismo que debía tener cuidado con Teo Mayer, ya que era un cuentista de primera categoría, un tramposo dispuesto a contar una mentira con tal de salvar la piel.

—Calla la boca, Teo, si tienes algo que contar, ya se lo soltarás al *sheriff*.

Sólo decía eso para tirar de la lengua a Teo Mayer.

—Señor Silver, usted se dará cuenta en seguida de que le digo la verdad, de que Duncan me matará, apenas sepa que estoy en *Look* West… Yo sé perfectamente quién es él…

—Y yo también lo sé… Lord Kenneth Duncan, un hombre de negocios venido de Inglaterra.

—No, señor Silver, no es tal cosa. Ni siquiera se llama Kenneth Duncan.

Bud dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Teo, no quiero que mientas…

—Le juro que no le miento.

—¿Quién es realmente Kenneth Duncan?

—Su verdadero nombre es Henry Wolfe… Es un pájaro de cuentas… Empezó como yo, en el teatro. Actuó como galán en varias compañías teatrales, allá, en Chicago, hace cosa de unos diez años… Pero resultó malo en el escenario, aunque muy hábil para engañar a los empresarios y conquistar a las mujeres. Decidió abandonar el teatro porque comprendió que él había nacido para los grandes negocios… Lo primero que hizo en Chicago, después de dejar las tablas, fue vender cien casas que no le pertenecían… Para eso constituyó una Compañía Inmobiliaria… Cuando ya había conseguido unos cuantos miles de dólares, se descubrió la superchería y tuvo que salir pitando… En Springfieid se hizo pasar por un rico ranchero de Texas. Logró vender miles de cabezas de ganado, y, lo que era más difícil cobrar de unos y de otros centenares de dolares en concepto de adelanto por las ventas realizadas. También se descubrió el fraude, cuando fueron a echarle mano, se había convertido en humo.

—¿Cómo has sabido todo eso…?

—Es la mar de sencillo. Trabajé para él…

—¿Dónde?

—En San Luis.

—¿Y qué es lo que hizo Henry Wolfe en San Luis…?

—Fue el primer sitio donde puso en práctica lo del ferrocarril. Tuvo que montar una oficina con varios empleados. Yo era uno de ellos, aunque en realidad me había contratado por mi arte en el disfraz… Algunas veces me hizo pasar por un banquero de Nueva York… Me llevaba como acompañante suyo cuando tenía que entrevistarse con ciertas personalidades… Unas veces era yo Vanderbilt, otras Stone… Todos me tomaban por el verdadero banquero que representaba. De esa forma, los dudosos se inclinaban para patrocinar el proyecto de Henry Wolfe, un supuesto ferrocarril que iba a cruzar el estado de Illinois… Cuando Wolfe ya llevaba cobrados quince mil dólares, surgió la sorpresa…

—¿Cuál fue?

—Uno de los banqueros a quien yo usurpaba la personalidad, Vanderbilt, se llegó por San Luis… El muy canalla de Wolfe lo supo

antes que nadie y no nos lo dijo… Se largó con todo el dinero dejándonos en la estacada. Nos atraparon a todos los empleados… Menos mal que nadie me reconoció como el tipo de los disfraces. De esa forma sólo me salieron seis meses… Ahora ya lo sabe todo, señor Silver.

—No. Falta lo más importante. Hasta ahora no has dicho cómo has podido averiguar que Henry Wolfe y lord Duncan son la misma persona.

—Es de lo más fácil. Vi a Lord Duncan a través de la ventana de mi celda. Lo identifiqué al momento. Juro que es Henry Wolfe.

—Teo, no tienes más remedio que venir conmigo a *Look* West…

—Pero hombre, usted no puede hacerme eso. ¿Para qué le he contado yo la historia…?

—Ahora me es más necesaria que nunca tu presencia en la ciudad.

—Claro, para que me corten el cuello… ¿Es que no lo comprende…? Duncan no puede consentir que nadie lo desenmascare, o todo su negocio caerá por tierra… Pregunté a Marcus sobre quién era aquel tipo tan bien vestido que había llegado al pueblo… Y él me dijo que era lord Duncan y que llegó para convertir a *Look* West en una de las ciudades más importantes de Texas… De buena gana hubiese soltado la carcajada, pero tenía demasiado miedo para reír. En ese momento sólo tenía deseos de escapar de la cárcel y alejarme de Henry Wolfe unas cuantas millas.

—Volverás a estar muy cerca de él.

—Señor Silver, usted no puede quererme tan mal… Si volvemos a *Look* West, yo duraré menos que una moneda de veinticinco centavos a la puerta de un saloon…

—Cierra el pico, Teo, y vámonos de una vez…

Teo soltó un gemido y echó a andar con Bud Silver.

* * *

—Usted es el hombre más grande que he conocido, señor Duncan —dijo Ty Mcnikman.

—¿Cuántas acciones han vendido mis secretarios?

—Me di una vuelta por el pueblo hace media hora y ya habían colocado más de cinco mil dólares…

—¿Cuánto calculas que habremos ganado al fin de la jornada?

—Cerraremos con unos doce mil dólares en caja.

—No está nada mal para ser el primer día.

—Tenga en cuenta que sólo se trata de acciones del ferrocarril.

—Sí, Menickman, tienes razón… Debes darte prisa para tener preparada mañana la documentación referente a la compañía minera y a la Asociación Exportadora de Reses… Recuerda que sólo con rapidez se pueden terminar bien estos negocios… Dije que me marcharía de aquí con treinta mil dólares, y necesito reunirlos en un plazo máximo de tres días. Al cuarto, hemos de estar muy lejos de *Look* West.

—Sí, lord Duncan… Las cosas están planeadas para que salgan como usted quiere…

Kenneth Duncan se estaba peinando frente al espejo.

—Estaré ausente un rato, Menickman.

—¿Adónde va, lord Duncan…? Ya sabe, es por si surge alguna dificultad.

—No tienen por qué surgir dificultades, Menickman… Pero de todas formas, te lo diré. Voy a hacer una visita a la señorita Betty Moore.

—Perdone que se lo diga, lord Duncan, pero usted siempre ha hecho todos los negocios en su oficina… ¿Por qué no cita a la muchacha aquí…?

—Porque no se trata solamente de un negocio de dinero.

—Ya entiendo, la chica le gustó.

—Mucho, Menickman…

—Tenga cuidado, jefe. Hasta ahora, usted fue el primero en aconsejarnos que, mientras estuviésemos trabajando, tendríamos que dejar las faldas.

—Tienes un defecto, Menickman… Y es que no sabes estar en tu sitio.

—Yo sólo pienso en que logremos un éxito en *Look* West.

—El éxito ya está logrado.

—Disculpe, lord Duncan… Pero mientras no estemos tejos de *Look* West, no puedo pensar en eso. Y sigo opinando que debe olvidarse de Betty Moore… Con treinta mil dólares en nuestra bolsa, tendrá tiempo y oportunidad para divertirse con las mujeres más bonitas.

Duncan le soltó una bofetada.

Menickman retrocedió y, cuando se quedó quieto, llevó la mano hacia el revólver.

Duncan hizo un rapidísimo movimiento con el brazo y en unos instantes tuvo en su mano un «Derringer» de cañón corto.

La nuez bailó en la garganta de Menickman, pero no sacó. Dejó colgar el brazo a lo largo de su cuerpo.

Duncan sonrió mostrando sus dientes blancos.

—¿Qué ibas hacer, Ty…? ¿Ibas a sacar el revólver y pegarme un tiro?

—No, señor Duncan… Habría sacado, pero no le hubiese pegado un tiro. Fue solo un movimiento instintivo de defensa.

—Quizá pensaste en sustituirme… Yo te enseñé todo lo que eres… Conoces mis métodos…

—Quíteselo de la cabeza… Jamás he pensado tal cosa.

—Llevas un par de años conmigo, y juntos hemos hecho grandes negocios en una docena de pueblos… Has adquirido una gran experiencia. ¿Por qué conformarte con el diez por ciento que te doy si tú podías conseguir la parte del león ocupando mi lugar…?

—Le repito que está en un error, lord Duncan. Sólo me considero como un buen ayudante… Yo no tengo su serenidad, su sangre fría, para…

—Anda, dilo. Para engañar a la gente.

—Sí, lord Duncan.

—En ese caso te diré que hacen falta otras virtudes. No todo consiste en tener sangre fría. Es necesario una gran cultura y también debe acompañar el físico… Anda, dime, ¿cómo podrías pasar tú por un aristócrata inglés? Ni siquiera sabes sostener una taza de té. Y si se tratase de pasar por un banquero de nuestro país, no tardarían en descubrirte en cinco minutos… ¿Qué sabes tú de Wall Street, de las altas finanzas…? ¿Lo comprendes, Ty…? No, no se trata sólo de sangre fría para sonreír mientras estás mintiendo.

—Sí, lord Duncan, pero ya le he dicho que no me considero con posibilidades de sustituirlo… Si le he hecho una recriminación con respecto a Betty Moore, es porque quiero que salga bien este negocio de *Look* West… Hasta ahora es el de más envergadura que hemos emprendido, y sería una lástima que alguien lo echase a perder.

—Nadie lo va a echar a perder, ¿lo entiendes, cara de mono…?

No lo puedo consentir porque yo también necesito ése dinero… Estoy acostumbrado a vivir a lo grande, y apenas tenemos un par de miles de dólares en caja… Esto tiene que salir bien porque yo quiero que así sea… De modo que, preocúpate de los asuntos de la oficina, y deja que yo sea el director de la orquesta.

—Sí, lord Duncan…

—Volveré en un par de horas y, a partir de ahora, quiero que recuerdes una cosa. Que has estado en frente de mi revólver.

Ty Menickman cabeceó en sentido afirmativo.

Kenneth Duncan guardó el «Derringer» y se dispuso a salir del hotel.

Betty Moore sentía una extraña sensación. Nunca le había pasado antes de ahora. Aquel hombre, Bud Silver, tenía una gran habilidad para sacarla de sus casillas. Le odiaba.

¿Quién se había creído que era Bud Silver para meterse en su vida?

Su capataz, Herbert Wilson, entró en la pequeña oficina.

—Ya puede estar tranquila, señorita Moore. Ese forastero se largó.

Betty parpadeó confusa.

—¿A quién te refieres, Herbert?

—A Bud Silver, naturalmente. Se fue de la ciudad.

—No es posible…

La propia Betty se extrañó al oírse aquellas palabras.

—Le aseguro que yo vi cómo se iba… Lo vi detenerse unos instantes para hablar con Marcus. Le pregunté a Marcus. Me dijo qué el alcalde y el; *sheriff* habían arrojado a Bud Silver de la ciudad por ser una persona no grata…

—No tenían, ningún derecho a hacer eso.

Betty se interrumpió de nuevo. ¿Por qué, de pronto se ponía al lado de Bud Silver…? ¿No había llegado a la conclusión momentos antes deque ella odiaba a aquel hombre…?

—Si quiere que le diga una cosa, señorita Moore, a mí ese tipo me resultaba simpático… Palabra que sí.

—¿Y adonde fue…? ¿Lo sabes…?

—Bueno, imagino que irá a colocar el plomo que usted le vendió… Con su permiso, voy a preparar el plomo que hemos de entregar mañana a ese inglés.

—Sí, Herbert…

El capataz salió de la oficina y la joven, al quedar solos, se sumergió en profundos pensamientos.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué sentía un gran desconsuelo después de oír que Bud Silver se había marchado de *Look* West…? ¿Se debía a que ella también encontraba simpático a Bud Silver, como su capataz…? Bueno, bien mirado, Bud Silver no se había portado tan mal con ella. Lo había conocido en extrañas circunstancias, confundiéndolo con otra persona.

Se echó a reír al recordar aquella escena cuando entró en la cárcel y lo duchó con la manguera.

Y también encontró divertido el momento en que, por un azar, ella se fue dentro de la alberca, cuando Silver y ella se vieron por segunda vez.

El destino tenía una forma muy extraña de unir a las personas. ¿Unir…? ¿Por qué decía aquello, si ellos se habían separado para siempre…?

—¿Se puede? —dijo una voz.

Alzó los ojos y quedó sorprendida al ver en la puerta al mismísimo lord Kenneth Duncan.

—Oh, pase, Kenneth —dijo la joven levantándose de la silla.

Duncan se despojó del sombrero mientras se introducía en la habitación.

—Si viene por el plomo, se lo puedo enviar en un par de horas, Kenneth…

—Deje ahora el plomo, vine sólo por usted.

Betty recordó aquella escena en las habitaciones privadas de lord Duncan cuando él le dijo que era hermosa, bella, seductora.

Estaba segura de que el inglés había intentado besarla y que sólo la presencia de Bud lo evitó.

Ahora sintió que Kenneth Duncan hubiese ido allí. No, no le interesaba aquel hombre, salvo por la oportunidad que le brindaba de vender el plomo que tenía en su almacén. Pero Kenneth Duncan, como hombre, no le interesaba lo más mínimo. Colocó en lugar de Kenneth Duncan a Bud Silver, y la idea pareció excelente.

—No he logrado apartarla de mi cabeza desde que usted se marchó del hotel, Betty.

—Oh, sí, el plomo…

—Deje en paz el plomo… Es usted, Betty. ¿O acaso la desagrada que yo le hable en un plan íntimo, personal…?

La joven se sintió realmente molesta.

—Perdone, Kenneth, pero tengo mucho trabajo atrasado y he de atenderlo.

—Olvide el trabajo por un rato.

—Pero si no puedo.

—Claro que podrá.

Kenneth Duncan dejó el sombrero sobre la mesa y tomó una de las manos de Betty entre las suyas.

—Betty, ¿ha soñado alguna vez en independizarse, en ser la esposa de un gran hombre de negocios?

—Kenneth, a mí el trabajo nunca me asustó.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Bueno, sí. Algunas veces he pensado que tendría que casarme.

—¿Y cómo pensó que sería su marido…?

—Alto, fuerte, moreno…

—¿Guapo…?

—No. Nunca he creído que fuese una condición indispensable para el hombre que fuese mi marido.

—¿Importante…?

—No, tampoco. No soy demasiado ambicioso. Sólo deseo que mi esposo me quiera y, desde luego, que sea trabajador y honrado… Con eso me basta.

—La comprendo. Pero debe estar de acuerdo conmigo en que si reúne mejores condiciones, es una nota a su favor.

Duncan pasó el brazo por la cintura de la joven y la atrajo hacia sí.

—Betty, le voy a decir algo que no he dicho antes a ninguna mujer.

De pronto una voz llegó desde la puerta:

—¿Molesto?

Betty lanzó un grito y Duncan dio un respingo.

El hombre que había allí era Bud Silver.

Los ojos de Duncan miraron con odio al joven.

—Señor Silver, parece que tiene usted la virtud de aparecer en el momento más inesperado.

—Pura casualidad, ¿no le parece…?

Betty había logrado desasirse de Duncan.

Ahora su mente era un torbellino de ideas.

Bud Silver no se había ido de la ciudad, ¿o es que había regresado…? Pero al verle allí, ¿no se había sentido feliz?

Bud Silver entró en la habitación:

—Señor Duncan, le traigo recuerdos de dos amigos suyos.

—He hecho muchos amigos en la ciudad.

—Éstos son especiales. Se trata de Gene Moller, Ojos de Serpiente y Lewis Murray, Cara de Bebé.

—No conozco a esas personas.

—Pues ellos me confesaron que usted los había contratado.

—Es falso, y le desafío a que digan eso en mi presencia.

—No pueden venir, señor Duncan… Ya están muertos.

Se notó cierto alivio en Kenneth Duncan al oír aquellas palabras.

—Señor Silver, creo que su verdadera profesión debía ser la de carnicero, a juzgar por esa facilidad que tiene usted con el revólver.

—¿Y cuál debía ser su verdadera profesión, señor Duncan?

—Ya tengo una…

—Oh, sí, la de farsante.

—Señor Silver, esta vez no le voy a consentir que me insulte… Soy un hombre de negocios, como ya le dije, y tengo en mi favor al representante de la ley y al alcalde de esta ciudad… Me prometieron que lo echarían de *Look* West, pero parece ser que no valieron de nada mis palabras.

—Sí valieron, señor Duncan. Me fui de aquí, pero cuando me encontraba a unas cuantas millas de la ciudad, ocurrieron unas cuantas cosas… En primer lugar, me salieron al paso sus emisarios.

—Yo no le mandé ningún emisario.

—Pasaré eso por alto. Lo más importante para mí consistió en que me encontré con un conocido mío, y de usted… Con un hombre llamado Teo Mayer.

Las pupilas de Duncan parecieron empequeñecerse.

—Tampoco sé quién es Teo Mayer.

—Yo se lo diré… El hombre que empleó usted en San Luis para cometer su primera estafa con el supuesto tendido de un ferrocarril, el hombre a quien usted hacía pasar por un banquero de Nueva York…

—Nunca cometí un fraude en San Luis, y todo lo que diga ese

Teo Mayer contra mí, es una condenada calumnia.

—En este momento, Teo Mayer lo está confesando todo al alcalde y al *sheriff*, Henry Wolfe.

—¿Qué nombre ha dicho…?

—El suyo verdadero, Henry Wolfe.

Duncan sintió que las tripas se le anudaban. Había sido desenmascarado por aquel estúpido de Teo Mayer, ¿o debía cargar la culpa en Bud Silver…? Lo maldijo con todas sus fuerzas.

Sí, seguro que había sido asunto de Bud Silver. Teo Mayer era sólo una cobarde rata… Jamás se habría atrevido a acusarle. Bud Silver le iba a echar a perder el negocio de mayor envergadura que había emprendido hasta ahora.

Le mataría sin remisión, y eso lo iba a hacer ahora mismo, con ayuda de su «Derringer» camuflado en la manga.

—No, señor Silver —dijo—. No soy ese Henry Wolfe…

—Eso tendrá que aclararlo usted con el *sheriff*, y por eso va a venir conmigo a su oficina.

—No tengo el menor inconveniente.

—Gracias, lord Duncan, es usted muy amable.

Henry Wolfe se volvió hacia la joven, dando la espalda a Bud Silver. Cuando se volviese de nuevo, tendría en su mano el «Derringer» y dispararía sin pestañear.

—Betty, todo esto es muy enojoso para mí, pero en menos de una hora volveré con usted, en cuanto haya cubierto de ridículo las absurdas sospechas de este hombre.

La joven no supo qué decir.

Henry Wolfe se volvió como un rayo.

Ya tenía el «Derringer» en la diestra.

Bud saltó a un lado.

De su mano derecha brotó un fogonazo.

Wolfe dio un grito y dejó caer el revólver de cañón corto. Se tambaleó. Trató de agarrarse a la mesa, pero no lo consiguió y cayó de rodillas.

—Silver…, es usted un miserable… ¿Por qué no me pidió dinero…? ¿Por qué…? Es lo único que sirve para ir por el mundo…

Fuera de la habitación se oyó una carrera y el *sheriff* Cooper apareció con el Colt en la mano.

—Ahí tiene a su hombre —dijo Bud Silver.

El *sheriff* Cooper dio un suspiro y se acercó a Wolfe mientras decía:

—Señor Wolfe, confiese y tendrá un doctor en seguida.

—Sí, maldita sea —dijo Wolfe, que tenía miedo de morir—. ¡Soy Henry Wolfe! ¡Pero traigan un doctor antes de que sea demasiado tarde!

Epílogo

—Tengo un buen olfato, Bud —dijo el *sheriff* Cooper—. No sé por qué, pero ese aristócrata me olió mal la primera vez que le vi.

—Es usted todo un sabueso, *sheriff*.

—Eh, Silver, le prohíbo que se burle…

El alcalde Bannion soltó una amarga risita.

—Déjese de cuentos, *sheriff*. Nos la pegó a todos. Y si no hubiese sido por Bud Silver, ése hombre se habría salido con la suya… Menos mal que Henry Wolfe confesó antes de morir, y pudimos devolverle el dinero a todos los que habían comprado acciones del ferrocarril.

Teo Mayer se palmeó el pecho ufano.

—Bueno, deben reconocer que todo salió bien gracias a mí.

El *sheriff* lo miró con un solo ojo.

—Menudo pillo está usted hecho, Teo… Aún recuerdo el momento en que Marcus entró aquí diciendo que había llegado un hombre extraño, y la verdad es que han ocurrido muchas cosas extrañas eh *Look* West… Un asalto al Banco, un secuestro con intento de asesinato, y, por último, la aparición de un falso aristócrata inglés que quería sumir a *Look* West en la ruina.

—*Sheriff* —repuso Teo Mayer—, todo hombre tiene cosas buenas y cosas malas… No existe el bueno y el malo absoluto. Todos poseemos virtudes y defectos.

—Déjese de sermonear, hijo… Y ahora vuelva a la celda.

—¿Yo, a la celda…?

—Sí, Teo, hizo cosas malas y también ha hecho algo bueno, lo cual prueba su teoría. Pero, vive Dios que tendrá que responder por sus cosas malas, aunque esta vez escapará con una sentencia benigna… Evans, llévalo a la fresquera.

Evans, uno de los nuevos ayudantes, tomó a Teo por el brazo y éste, a regañadientes, lo siguió por el corredor que conducía a las celdas.

Betty Moore, que también había ido allí para firmar su declaración con respecto al duelo habido entre Henry Wolfe y Bud Silver, dejó oír su voz:

—Bueno, si no me necesitan, tengo que volver a mi oficina.

—Sí, puedes marcharte —dijo el *sheriff*—. Y gracias por todo.

En aquel momento la puerta se abrió bruscamente y el *sheriff* dio un grito de sobresalto.

Marcus entró como una exhalación.

—Jefe, acaba de llegar a *Look* West…

—¡No me digas que acaba de llegar otro hombre extraño, Marcus…! ¡Te lo prohíbo…!

—No, jefe, esta vez no se trata de un hombre. Es una mujer extraña…

—¿Y por qué es extraña? ¿Acaso tiene tres cabezas o quince dedos en cada pie…?

—No, jefe. Todo lo que ella tiene es perfecto y bien colocado. Le juro que yo nunca vi una mujer tan hermosa en *Look* West… ¡Y qué cabello, madre mía! Parece fuego…

—Pelirroja, ¿eh?

—Sí, *sheriff*, pero todavía no sabe lo más bueno, y por eso le dije que era una mujer extraña.

—Suéltalo de una vez, me tienes sobre ascuas.

—Al llegar preguntó por el *sheriff* de *Look* West… Dijo que tenía noticias de que era un hombre valiente, atractivo, seductor…

El *sheriff* tosió suavemente.

—Bueno, es cosa normal que mi fama haya llegado lejos… ¿Y dónde dijiste que se hospeda esa mujer…?

—No lo dije.

—¡Pues dilo, maldita sea!

—En el hotel La Sirena.

El *sheriff* se levantó.

—Bueno, amigos… Tengo que preocuparme de comprobar la identidad de los forasteros que llegan a la ciudad…

Hizo un saludo con la mano y salió de la oficina.

—Menudo pájaro está hecho el jefe —rió Marcus.

Betty salió también de la oficina y Bud fue detrás y la detuvo en el porche.

Betty, al contacto de aquella mano, sintió un cosquilleo por la espalda.

Ahora ya no tenía dudas sobre lo que sentía por Bud. No lo odiaba. Todo lo contrario. Se había enamorado de él.

—Betty… —dijo Bud—. Siento lo que ha pasado porque ya veo que te hiciste ilusiones con respecto a ese hombre…

—No, Bud… Te equivocas. Jamás pensé en Henry Wolfe o Kenneth Duncan en ese sentido.

—Lo celebro.

—¿Qué vas a hacer ahora, Bud…?

—Me marcharé para colocar tu plomo.

—¿Por qué no me compras un poco más…?

—No es mala idea. Así podré acompañarte a tu casa. Pero no quiero ser un traidor. En cuanto lleguemos allí, voy a intentar besarte.

—¿Qué…?

—Ya lo has oído, que te besaré y te abrazaré.

La joven parpadeó.

—Bud, ¿quieres decir… que me quieres?

—Sí, Betty.

—Entonces, te voy a pedir un favor. No esperes a abrazarme y besarme a llegar a casa…

Los dos se rieron, y entonces, Bud tomó a Betty por la cintura y la besó en la boca.

Un hombre llegó corriendo… Era un empleado de telégrafo.

—¡*Sheriff*! ¡En, *sheriff*!

Marcus salió a la puerta.

—No está el jefe. ¿Qué pasa, Ross?

—¡Acaba de llegar un mensaje…! ¡Se escapó una loca del hospital de enfermos mentales…! Se llama Anny la pelirroja… Su especialidad es liquidar al representante de la ley. Ya mató a cuatro… Llega a un pueblo, le hace el amor al *sheriff* y lo degüella en un descuido.

Marcus echó a correr por la acera mientras gritaba:

—¡Jefe…! ¡Eh, jefe…! ¡Lo va a degollar la extraña mujer…!. ¡Jefe…!

Betty y Bud no habían escuchado nada porque continuaban besándose…

FIN